

LA FUERZA DE LA CRUZ DE CRISTO

Traducción de E. Ancibor

El Arzobispo AVERQUIO (1906-1976) nació el 19 de diciembre de 1906 y murió el 13 de abril de 1976. Era Arzobispo de SIRACUSA y TRINIDAD. Su consagración como obispo de la Iglesia Ortodoxa en Extranjero se produjo el 25 de mayo de 1953. Era Superior del monasterio de Santa Trinidad en Nueva York; rector del Seminario de Santa Trinidad y un destacado teólogo. Como redactor del periódico "La Rusia Ortodoxa" tuvo gran influencia sobre la sociedad rusa con sus excelentes artículos. Es, además, el autor del Tetra evangelio, la interpretación de las Epístolas Apostólicas y de numerosos libros de contenido espiritual.

Contenido:

1. Predica sobre Cristo — Palabra de la Cruz.
2. La Cruz de Cristo — Instrumento de nuestra Salvación.
3. ¿Por qué se Necesitó para la Redención de la Gente el Sacrificio en la Cruz de Cristo?
4. La Cruz — Poder de los Reyes.
5. Qué dice la Palabra de Dios y Santos Padres sobre el Misterio de la Redención.

1. PRÉDICA SOBRE CRISTO — PALABRA DE LA CRUZ.

Así llama la prédica sobre Cristo y la salvación en Él el gran Apóstol de las naciones, San Pablo, quien cruzó, predicando sobre Cristo Crucificado y Resurrecto de los muertos, a todos los países del mundo culto de aquel tiempo — la Asia Anterior (la Asia Menor?) y Europa.

Él dice en su primera epístola a los Corintios: "La palabra de la cruz es locura a los que se pierden; más a los que se salven, a nosotros, es potencia de Dios" (I Cor. 1:18) y concluye: "Los Judíos piden señales, y los Griegos buscan sabiduría: mas nosotros predicamos a Cristo crucificado a los Judíos ciertamente tropezadero, y a los Gentiles locura; empero a los llamados, así Judíos como Griegos, Cristo Potencia de Dios, y Sabiduría de Dios" (I Cor. 1:22-24).

Sobre la Cruz Cristo "clavó el manuscrito de nuestros pecados," como siempre invariablemente enseñó y enseña hasta ahora la verdadera Iglesia de Cristo (ver Colos. 2:14). La obra de salvación y redención del genero humano del pecado, maldición y muerte, con no otra cosa sino con la preciosa Sangre de Cristo, verdadero Cordero de Dios, vertida por nosotros sobre la cruz. Sobre esto con claridad y fuerza testifican las Sagradas Escrituras que afirman que la misma Iglesia de Cristo "la ganó por Su Sangre" (Hechos

20:28) y que nosotros desde entonces "recibimos la absolución... por la redención que es en Cristo Jesús; al Cual Dios ha propuesto en propiciación por la fe en Su Sangre, para manifestación de Su Justicia, atento a haber pasado por alto, en su paciencia, los pecados pasados" (Rom. 3:25). Estamos redimidos, como enseña San Apóstol Pedro, "no con cosas corruptibles, como oro o plata, sino con la Sangre preciosa de Cristo, como de un Cordero sin mancha y sin contaminación" (I Ped. 1:18-19).

Nosotros fuimos "justificados en Su Sangre," tal como enseña San Apóstol Pablo, porque "siendo enemigos, fuimos reconciliados con Dios por la muerte de Su Hijo" (Rom. 5:9-10).

Nosotros "tenemos redención por Su Sangre, la remisión de pecados," como enseña San Apóstol Pablo en otra de sus epístolas (Efes. 1:7).

En Cristo "tenemos redención por Su Sangre, la remisión de pecados" (Colos. 1:14) y reconciliados con Dios "por la Sangre de Su Cruz" (Colos. 1:20).

Cristo "nos ha lavado de nuestros pecados con Su Sangre", como atestigua el amado discípulo de Cristo, San Juan el Teólogo (Apoc. 1:5).

Venidos de "gran congoja" y revestidos en vestimenta blanca, como fue revelado a él en la visión apocalíptica, "han blanqueado sus ropas en la Sangre de Cordero" (Apoc. 7:13-14).

Ya de estas pocas citas de Sagradas Escrituras (¡y hay numerosas otras semejantes!) nos convencemos en forma plenamente indudable que el gran Sacramento de nuestra redención no fue cumplido en ningún otro lugar, sino justamente sobre la Cruz a través del Derrame en ella de la Sangre de Cristo. Por eso se hace comprensible qué significa la última palabra dicha por el crucificado por nosotros sobre la cruz el Señor-Salvador: "¡Está cumplido!" y después de esto en el Evangelio dice sobre El: "Y habiendo inclinado la cabeza, dio el espíritu" (Ju. 19:30). "Está cumplido," o sea se cumplió aquello para lo que el Hijo de Dios vino a la tierra y murió por nosotros Crucificado en la cruz — se cumplió la gran obra de la redención de la humanidad del pecado, maldición y muerte.

Cómo es esto y por qué nos lo relatan en base a las mismas Sagradas Escrituras los grandes Padres de la Iglesia de los primeros siglos del cristianismo. Su enseñanza para nosotros tiene tanta autoridad que no necesita otras interpretaciones de este grande, inimaginable Misterio Divino. Debemos solo con humildad y veneración aceptar esta enseñanza que durante muchos siglos confesaba toda la Iglesia Universal. Por consiguiente, justamente sobre la cruz y en ningún otro lugar se produjo nuestra redención. Y por eso la cruz es el instrumento de nuestra salvación. Es por eso que desde los primeros tiempos del cristianismo, la cruz es el símbolo de la fe en Cristo y sirve entre los cristianos como un objeto de especial veneración.

Es por eso que durante la oración nos cubrimos con el signo de la cruz teniendo la fe en su milagrosa fuerza que aleja de nosotros al enemigo de nuestra salvación el diablo y que nos salva de penas y males. Un gran Padre de la Iglesia del siglo IV, San Cirilo de Jerusalén, explica así el significado de la Cruz de Cristo: "Todo acto de Cristo — es gloria de la Iglesia

Universal, pero gloria de las glorias es la cruz." Y Pablo, sabiendo eso dice: "Más lejos esté de mí gloriarme, sino en la cruz de nuestro Señor Jesucristo" (Gal. 6:14).

La corona de la cruz iluminó a los ciegos de ignorancia, liberó a todos poseídos del pecado y redimió a los hombres en todo el mundo. Y no te extrañes que esté redimido todo el mundo ya que murió por él no un hombre común sino el Hijo de Dios Unigénito. El pecado de un hombre Adán tenía tanta fuerza que trajo muerte al mundo. Si la muerte reinaba en el mundo "por un delito" (Rom. 5:18), entonces mas todavía ¿con la verdad de Uno no reinará la vida? Y si entonces por el árbol, del cual comieron, fueron expulsados del paraíso, ¿no sería útil ahora a través del árbol de Jesús entrar para los creyentes al paraíso? Si el primer-creado de la tierra trajo la muerte universal, ¿no traería la vida eterna El que creó al hombre de la tierra, cuando El Mismo es vida? Si Finees, siendo celoso y habiendo asesinado al que pecaba, paró la ira de Dios, entonces Jesús, Quien dio la muerte no a otro que a Sí Mismo como precio de redención ¿no podrá saciar la ira contra los hombres?

Por eso no tendremos vergüenza de la Cruz del Salvador, sino más, vamos a glorificarnos con ella (13 Palabra publicada, pág. 158-159). De misma manera enseñaban todos los Padres de la Iglesia, así siempre creía y enseñaba toda la Iglesia Universal de Cristo. ¿Por qué solo ahora en el vigésimo siglo de era cristiana aparecieron hombres que se llaman a sí mismos "cristianos" pero tienen vergüenza de la cruz de Cristo — tienen vergüenza hasta tal punto que no la ponen sobre sus templos ni dentro de ellos ni sobre las tumbas de sus muertos, no llevan a este sagrado símbolo, no quieren hacer el signo de la cruz y algunos hasta se mofan de la cruz comparándola con la "horca" y cometen a escarnio a los cristianos ortodoxos por su veneración de la cruz de Cristo?

¿Qué extraña enajenación que va contra la enseñanza de la Palabra de Dios y la tradición sagrada de muchos siglos de la Iglesia Cristiana?!

¿Cómo se puede rechazar o hasta disminuir el significado de la Cruz de Cristo para nosotros, cuando la cruz de Cristo es un símbolo tan grande de nuestra redención y simultáneamente — símbolo de inexpresable amor Divino hacia género humano caído? De esto nos convencen las palabras del Mismo Cristo Salvador en Su excelsa charla con el maestro de la ley Necodemo, venido de noche a El:

"Y como Moisés levantó la serpiente en el desierto, así es necesario que el Hijo del hombre sea levantado; para que todo aquel que en El creyere, no se pierda, sino que tenga vida eterna" (Ju. 3:14-15) de donde se ve que la cruz es el símbolo de nuestra salvación, y "De tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a Su Hijo Unigénito, para que todo aquel que en El cree, no se pierda, más tenga vida eterna" (Ju. 3:16) de donde se ve que la cruz — es el símbolo del amor Divino hacia nosotros. ¡Milagrosa, misteriosa, inexpresable para la mente humana unión de Verdad Divina y Amor Divino! Esta clara manifestación de la gran verdad sobre Dios, que fue expresada todavía en el Antiguo Testamento por el autor de los Salmos, que en Dios "La Misericordia y la Verdad se encontraron; la Justicia y la Paz se besaron" (Sal. 84:11).

¿Cómo es posible preferir su propia razón a la razón de tan grandes Padres de la Iglesia como el "Pilar de la Ortodoxia" San Atanasio el Grande, los Maestros Universales tales como Basilio el Grande, Gregorio el Teólogo y Juan Crisóstomo, quienes con tal sabiduría divina hablaban de este gran Misterio de la Redención, inclinándose ante esta maravillosa conjunción en Dios de la Misericordia, Verdad y Paz, Su Divina Justicia y Su Divino Amor? Y ¿cómo se puede afirmar que estos grandes Padres de la Iglesia del IV siglo, fundadores de nuestra teología ortodoxa, se encontraban bajo cierta influencia extraña y ajena a la Ortodoxia? Todavía mas extraño es aceptar el pensamiento que los escritores inspirados por Dios, los Apóstoles de Cristo ¿también escribían los sagrados libros del Nuevo Testamento encontrándose bajo influencia extraña a un verdadero cristianismo? ¿Esto es lo mismo que rechazar la misma inspiración Divina de los libros de Sagradas Escrituras que la Iglesia Universal desde siempre aceptaba y acepta como infalible Palabra Divina!

Y sin embargo en los últimos años a menudo escuchamos justamente sobre tal "critica" no solo de nuestros teólogos rusos sino de los mismos Santos Padres y hasta de los textos de Sagradas Escrituras inspiradas por Dios con una ineludible, a causa de esto, disminución del significado de la Cruz de Cristo como instrumento de nuestra salvación. Pero de una manera completamente diferente de estos innovadores-reformadores enseña nuestra Santa Iglesia sobre el gran Sacramento de la redención cuando canta el Viernes Santo:

"Nos redimiste del juramento de la ley con Tu Honorable Sangre, clavado en la cruz y traspasado con la lanza, derramaste la inmortalidad a los hombres, Salvador nuestro, ¡gloria a Ti!" (Tropario al final de matines). Y el día de la gran festividad mundial de la Elevación de la Honorable y Vivificadora Cruz del Señor nos llama a todos de venerar la Cruz de Cristo cantándola:

"¡Vengan todas las naciones, veneremos a la madera bendita que da la verdad eterna!"

"La Cruz elevada ordena cantar a toda la creación a Aquel elevado en ella y Su pasión purísima. Ya que matando en ella a aquel que nos mató, vivificó a los muertos y permite vivir en el cielo por Tu misericordia."

"Plantando en el último lugar el madero de verdadera Vida, sobre él hizo la salvación el Rey Preeterno" (versículos). Glorificando la cruz de Cristo como símbolo y al mismo tiempo instrumento de nuestra salvación, la Iglesia en su arrebató sagrado se dirige a ella como a un ser viviente y clama:

"Alégrate o Cruz portadora de la vida, la victoria invencible de la piedad, la puerta del Paraíso, la afirmación de los fieles, con ella se destruyó y desapareció la corruptibilidad y fue vencido el poder de la muerte, y fuimos elevados de la tierra al cielo, arma invencible, luchadora contra los demonios, la gloria de los mártires y santos, refugio de la salvación que otorga al mundo la gracia."

"Alégrate la Cruz del Señor que liberas del juramento a la humanidad."

"Alégrate... Tu que nos levantaste caídos en la corrupción, honorable cruz que destruyó el juramento y floreció la incorruptibilidad y nosotros los terrenales nos deificamos y el diablo definitivamente fue despeñado..." (Versículos). Se podría citar todavía más lugares del Servicio de la Festividad de la Elevación de la Cruz del Señor, pero lo que está arriba mencionado es completamente suficiente para ver cómo considera nuestra Santa Iglesia el significado para nosotros de la Cruz del Señor:

Justamente sobre la cruz Señor Jesucristo cumplió el gran sacramento de la Redención nuestra del pecado, maldición y muerte, con Su cruz nos abrió las puertas del Paraíso, con la cruz "nos salvó del trabajo enemigo," con la cruz vieron todos los confines de la tierra la salvación de nuestro Dios." Es por eso que en el mismo momento cuando el Señor dijo "¡Se cumplió!" y bajando la cabeza entregó el espíritu, "la cortina" en el templo se partió en dos desde arriba hacia abajo (Mat. 27:51). — La cortina en el templo del Antiguo Testamento de Jerusalén se partió como signo que de nuevo se abrió para la gente el Reino del Cielo simbolizado por el "Santo Sanctorum" a donde solo el sumo pontífice podía entrar una sola vez en el año con la sangre de los animales sacrificados que son la proto-imagen de la Purísima Sangre de Cristo, vertiéndola sobre la cruz nos fueron abiertas las puertas del paraíso, cerradas hasta entonces por la caída en pecado de los ancestros.

¡Qué hermoso, expresivo y altamente instructivo símbolo para nosotros, que nos convence que solo a través de la muerte de Cristo en la cruz se produjo nuestra redención! Es por eso que terminando el Servicio religioso en la festividad de la Elevación la Santa Iglesia clama:

"Venid, o fieles, saludemos a la madera vivificadora, sobre ella Cristo Rey de gloria, voluntariamente extendió Sus manos, nos elevó al primer gozo..." (Versículo cuando se venera la Cruz). Es por eso que también en el "icos" de este servicio claramente es subrayado el significado salvador para nosotros justamente de la cruz de Cristo: "No voy a glorificarme, dice (Apóstol Pablo), sino solo con la única cruz del Señor; sobre ella sufriendo mató a las pasiones. A esta sostenemos a la cruz del Señor, gloria de todos: ya que esta madera salvadora para nosotros es el arma de la paz, la victoria invencible" (icos).

Junto con toda la verdadera Iglesia sintiendo y glorificando la cruz de Cristo como instrumento de nuestra salvación y gran símbolo del inexpresable amor Divino hacia nosotros, naturalmente no podemos comprender y aceptar ni absolver la enseñanza de aquellos quienes o completamente rechazan a la cruz o disminuyen su significado denigrándola bajo el pretexto y para los que "se pierden" y consideran a la cruz como una "alienación." Es comprensible y aceptable para nosotros solo la enseñanza verdadera, sin doble sentido, e inspirada por Dios de la Palabra Divina: que coloca a la Cruz de Cristo como lo mas importante en el cristianismo dando el nombre a la prédica sobre Cristo "la palabra de la cruz" (I Cor. 1:18).

Así siempre nuestra Iglesia creía y confesaba. Así también nosotros creemos y confesamos — y en esta fe tenemos la esperanza y esperamos encontrar la salvación eterna otorgada a nosotros por la cruz del Señor.

2. LA CRUZ DE CRISTO – INSTRUMENTO DE NUESTRA SALVACIÓN.

Tú Divina Victoria.

Tú hacedor de nuestra salvación.

Tú covictoria de los fieles y Victima Divina.

¡O Todo honorable Cruz!

¡Santifica a los que Te cantan!"

(Tropario del 4º cántico del canon).

La Cruz de Cristo, cuya solemne procesión festeja la Iglesia el 1º de agosto, es el objeto más santo para nosotros los cristianos, ya que según la enseñanza de nuestra Santa Iglesia, Cristo-Salvador al crucificarse en la cruz, cumplió con el gran Sacramento de la Redención del género humano del pecado, maldición y muerte: sobre la cruz El "clavó el manuscrito de nuestros pecados" y con Su muerte en esta, venciendo la muerte nos dio vida eterna, de la cual fuimos privados a través de la caída en pecado de nuestros ancestros Adán y Eva. Es por eso que la cruz es llamada "protectora de todo el universo," "la belleza de la Iglesia" y otros altos nombres. Y no solo en los días de festividades definidas, sino en cada miércoles y viernes durante casi todo el año, se recuerda la traición de Judas (el miércoles) y Crucifixión del Señor (el viernes). La Iglesia en sus servicios ordenadamente glorifica a la Cruz como instrumento de nuestra salvación y arma contra el diablo.

Tres veces en el año hay una más solemne glorificación de la cruz del Señor: en la 3ra Semana de la Cuaresma, llamada "De la veneración de la Cruz;" el 1º de agosto en la festividad de "Exposición y Procesión de las Honorables Maderas de la Vivificadora Cruz del Señor" y el 4 de septiembre en el día de gran festividad de "Mundial Elevación del Honorable y Vivificadora Cruz del Señor." En estos días durante las matines se trae la Cruz del Señor desde el altar al centro del templo, se deposita sobre el "analo" y se hacen tres genuflexiones con el cántico:

"¡Nos Inclinaamos ante Tu Cruz, o Señor, y glorificamos Tu Santa Resurrección!"

La festividad del 1º de agosto se originó de la costumbre existente en Constantinopla de sacar la parte de la Vivificadora madera de la Cruz del Señor del templo de Santa Sofía y llevarla con una solemne procesión por las calles de la ciudad y plazas, para santificar a la ciudad y salvarla de enfermedades que castigaban a Constantinopla en esta parte del año. A esto se agregaba la bendición de las aguas. Los habitantes de Constantinopla creían santamente en la fuerza sanadora de la Cruz del Señor, como instrumento de nuestra salvación y la besaban con gran veneración. Incitando a los fieles a glorificar la Cruz del Señor, la Santa Iglesia en ese día exclama con alegría en sus cánticos: "Hoy se eleva la Cruz y el mundo se libera del mal, hoy la Resurrección de Cristo se renueva y confines de la tierra se alegran..." "Elevemos con alegría la todabendita Cruz en templos y ciudades y veneremos para recibir el perdón de nuestras deudas... Ella elevó del infierno al género humano, venció al enemigo y destruyó hasta el final el orgullo de los demonios."

"Hoy gozan los hombres con ángeles, ya que con la cruz fue destruido el reino del mal y nos reunió a todos..."

"La Cruz Divina brilla hasta los confines. Ella sacó del infierno el género humano... y salva a los que claman: pacífica al mundo e ilumina a las almas nuestras..."

"Hiciste la salvación en la tierra, o Dios; cruz y resurrección, por ellas nos salvaste; o Bondadoso y Amante de los hombres, Todopoderoso Señor, ¡gloria a Ti!"

"A la Cruz, salvación de los fieles, veneramos..."

"Apareció vencedor de pasiones y demonios, hoy el signo de la cruz..."

"Brilla radiante la honorable cruz e ilumina a los que fielmente veneran a ella hoy, santificando a nuestras almas y cuerpos."

"Vemos expuesta la cruz que otorga la vida, nos envía la iluminada aurora de gracias: acerquémonos y recibamos iluminación, gozo, salvación y perdón, dando la gloria al Señor."

"Antiguo instrumento de la vida, bendito árbol fue dado para guardar, por la desobediencia de Adán primero creado: la cruz le indicó el camino."

"...Inclinémonos ante toda santa cruz de Cristo que otorga la vida, por ella se ilumina todo el mundo"

"Qué muestre toda la tierra el gozo... hoy deifica por la todahonorable cruz..." "Arma que otorga victoria invencible, todagloriosa cruz..." "Es muerta la astuta serpiente ahora, jefe de las tinieblas, no soportando el brillo que emite la cruz que trae la vida..."

"Exclamen naciones, canten a Dios que dio la intocable afirmación a la cruz que está expuesta: todos los fieles nos alegramos ya que recibimos el bien..."

"Es muerta la muerte, es disminuida la corrupción, huyen las huestes diabólicas, al ver expuesta hoy la vencedora cruz de Cristo..."

"Cantando a Ti Dios Rey y Señor ya que nos otorgaste la cruz — pared indestructible, a ella ahora besamos con alegría salvándonos del mal." Dice San Apóstol Pablo: "no me voy a glorificar, solo en la única cruz del Señor, sobre ella sufriendo mató a las pasiones. A ella la sostenemos, la cruz del Señor es esta madera salvadora, arma de la paz, victoria invencible."

"A la madera salvadora veneremos a la todasanta cruz... que nos vierte santidad y vida." Es particularmente importante el tropario del canon que habla de la liberación de los hombres del juramento con la fuerza de la muerte en la cruz de Cristo:

"¡O inexpressable Tu Cristo llegada e innumbrables bienes! Encarnado, fuiste crucificado, recibiste la muerte y liberaste a los hombres del juramento vertiendo la incorrupción sobre la madera tribendita, gloriosa cruz para los siglos."

"Todasanta cruz Victoria Divina, del jefe de la vida, destructor del mal hoy glorifiquemos la todasanta cruz del Señor, destructora de los demonios y que expulsa a los bárbaros, protectora y hacedora vencedores a los reyes."

"Fuimos corruptibles por desobediencia, no cumplidores de mandamientos Divinos fuimos, por eso vino la muerte a los hombres. Hoy floreció la inmortalidad en la cruz de Cristo, que besamos."

"Esta madera todasanta, esperanza firme para los fieles, alegría, acusando al jefe de tinieblas: a ésta, fieles, veneremos con alegría."

"Comienzo de la bendición, afirmación de los cristianos y pared y firme intercesión y salvación del juramento apareció la madera deseada, arma invencible, ilumina y santifica nos."

Particularmente fuerte y destacado e imaginativo habla el primer versículo sobre la redención de nosotros del pecado, juramento y muerte. Este se canta cuando los fieles besan la cruz expuesta en la mitad del templo, después de triple genuflexión:

"Venid o fieles, saludemos la madera vivificadora, sobre ella Cristo Rey de la Gloria voluntariamente extendió Sus manos, nos elevó a la primera gracia que nos robó por engaño el enemigo y nos hizo expulsados de Dios. Venid o fieles, saludemos a la madera, con ella logramos romper las cabezas de enemigos invisibles. Venid todas las naciones, honremos con cánticos la cruz del Señor: Alégrate o Cruz al caído Adán perfecta liberación, a ti todos nuestros reyes alaban" ... Y he aquí otra testificación sobre lo mismo en el tercer versículo: "Hoy el Señor de toda creación y Señor de la gloria es clavado en la cruz... Y sufre todo por mi condenado. Mi Salvador y Dios, que salva al mundo del mal por Su bondad."

Todos estos cánticos como también muchos otros en honor de la Cruz del Señor, en otros días de festividades de la Cruz del Señor, nos convencen que la redención del género humano del pecado, maldición y muerte es cumplida justamente por los sufrimientos en la cruz del Señor nuestro Jesucristo y Su muerte en la cruz por nosotros que heredamos "la maldición del Adán." "¡Gracias Señor a Tu honorable cruz!" nos enseña clamar por eso la Santa Iglesia.

3. ¿POR QUÉ SE NECESITÓ PARA LA REDENCIÓN DE LA GENTE EL SACRIFICIO EN LA CRUZ DE CRISTO?

La respuesta a esta pregunta nos dan numerosas sentencias de las Sagradas Escrituras y también la Sagrada Tradición en las personas de muchos Padres ortodoxos y maestros de la Iglesia de los primeros siglos del cristianismo. Con particular fuerza y en forma convincente

revela nos esto San Atanasio el Grande Arzobispo de Alejandría, a quien llaman "Padre de la Ortodoxia," y grandes maestros Universales y Santos — Basilio el Grande, Gregorio el Teólogo y Juan Crisóstomo. Tal como atestigua la Palabra Divina en la persona de nuestro Creador-Señor "La Misericordia y la Verdad se encontraron; la Justicia y la Paz se besaron" (Sal. 84:11).

El Señor es infinitamente justo: Él es el Juez justo, lo que muy claramente atestigua la Palabra Divina: "Que es justo Yahvé y lo justo ama, los rectos contemplarán su rostro" (Sal. 10:7); "tú amas la justicia y odias la impiedad" (Sal. 44:8); "¡Justo eres tú, Yahvé, y rectitud tus juicios!" (Sal. 118:137); "Justicia eterna es tu justicia, verdad tu ley" (Sal. 118:142). Y he aquí, según la ley incondicional de la Verdad Divina, para el hombre que pecó, en la persona de nuestros ancestros Adán y Eva, fue proclamada la justa sentencia que trajo la expulsión del Paraíso, privación del gozo y alegría de comunión con Dios, lo que para ellos era la maldición, y como consecuencia del pecado la muerte. Pero Dios no solo es justo en Su juicio: Él es: "clemente y compasivo, tardo a la cólera y lleno de amor" (Sal. 102:8); Él "es amor" (I Ju. 4:16), tal como enseña esto en forma extensiva y emocionada el discípulo amado de Cristo, San Juan el Teólogo.

¿Cómo se puede hacer coincidir en la obra de la redención del hombre caído lo uno con lo otro — perfecta Justicia y perfecto Amor? El Sacrificio en la Cruz de Cristo resultó justamente tal coincidencia según la Sabia Todo bondadosa e inconcebible para la limitada mente humana Providencia Divina, tal como siempre y en todas partes enseñaba esto la verdadera Iglesia de Cristo, guiada por los testimonios de Sagradas Escrituras e interpretaciones de Sus grandes Padres y Maestros.

Según Su ilimitado e inexpressable amor al hombre, el Señor podía simplemente perdonar al hombre caído, pero ¿dónde estaría entonces Su ilimitada justicia? — Sería entonces vulnerada. Y así en nombre de Su justicia, como la más clara y activa expresión de Su Amor Paterno hacia nosotros, gente caída, Señor Mismo toma sobre Sí el cumplimiento de la justa sentencia y muere en la cruz, después de crueles sufrimientos por nosotros, en la Persona del Amado Hijo Suyo, con el Cual Él, según la enseñanza de la Palabra Divina, es Uno (ver Ju. 10:30: "Yo y el Padre una cosa somos") y "al cual Dios ha propuesto en propiciación por la fe en su sangre, para manifestación de su justicia, atento a haber pasado por alto los pecados" (Rom. 3:25). La Palabra Divina claramente atestigua que "sin derramamiento de sangre no se hace remisión" (Heb. 9:22) y como la sangre de terneros y cabras en el Antiguo Testamento por sí sola no daba el perdón, — "no puede quitar los pecados" (Heb. 10:4), entonces Cristo-Salvador entró en el santuario no con sangre ajena, como lo hacían los sumo-sacerdotes del Antiguo Testamento, sino con Su Sangre... y adquirió una eterna redención (Heb. 9:12).

Así siempre enseñaban a los cristianos los Santos Apóstoles: "En esto consiste el amor: no que nosotros hayamos amado a Dios, sino que Él nos amó a nosotros, y ha enviado a su Hijo en propiciación por nuestros pecados" (I Ju. 4:10). "Cristo fue muerto por nuestros pecados, conforme a las Escrituras" (I Cor. 15:3). Dice San Apóstol Pedro: "habéis sido rescatados no con cosas corruptibles, como oro o plata, sino con la sangre preciosa de Cristo, como de un cordero sin mancha y sin contaminación" (I Ped. 1:18-19). Aquí es una

clara indicación que los sacrificados corderos del Antiguo Testamento eran protoimágenes del Sacrificio en la Cruz de Cristo-Salvador y por eso Él Mismo recibió el nombre del "Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo" (Ju. 1:29) o "del Cordero, el cual fue muerto desde el principio del mundo" (Apoc. 13:8), ya que el sacrificio por los pecados del mundo del Hijo de Dios estaba previsto en el preeterno Concejo Divino desde la creación del mundo.

"Cristo padeció por nosotros... El cual mismo llevó nuestros pecados en su cuerpo sobre el madero, para que nosotros siendo muertos a los pecados, vivamos a la justicia: por la herida del cual habéis sido sanados" (I Ped. 2:21, 24).

"Cristo padeció una vez por los pecados, el justo por los injustos, para llevarnos a Dios, siendo a la verdad muerto en la carne" (I Ped. 3:18).

Aclarando el significado del Sacrificio en la Cruz de Cristo, por fin, San Atanasio el Grande dice: "Como se debía, por fin, a toda la gente pagar su deuda (la deuda consistía en que toda la gente era mortal, lo que era la causa de la llegada de Jesucristo a la tierra); por eso Él, habiendo demostrado Su Deidad con Sus acciones, entregó en sacrificio a la muerte por toda la gente el templo de Su Cuerpo. Para que, por un lado, hacer a todos no culpables y libres del viejo delito (o sea del pecado primordial de Adán que pesaba sobre toda la gente), por otro lado, — revelar a Sí Mismo vencedor de la muerte e incorruptibilidad de Su Cuerpo transformar en el comienzo de la resurrección universal... La muerte era imprescindible: era necesaria la muerte por toda la gente, ya que era necesario el pago de la deuda común que pesaba sobre toda la gente. Para esta finalidad el Verbo, inmortal por Su naturaleza, tomó la carne mortal, para a ella como Su carne sacrificar por toda la gente y para sufrir con la carne la muerte por todos. (Sobre la encarnación 20). De la misma manera como sobre "el pago de la deuda" o "rescate" enseña sobre el Sacrificio de la Cruz de Cristo también San Basilio el Grande.

"Entonces como nadie de los hombres, según la palabra de las Escrituras, podía "redimirse ni pagar a Dios por su rescate" (Sal. 48:8) para lograr la clemencia de Dios, ya que todos eran culpables del pecado, tal precio de redención por las almas de todos apareció la santa y preciosa Sangre de nuestro Señor Jesucristo vertida por ellos. ¿Por qué? Porque Él no era un simple hombre, sino el que sobrepasa por Su ser a los hombres — Dios-hombre, y además por Su parte humana completamente sin pecado, por eso no necesitaba dar a Dios el rescate por la redención de Su Alma y Él Mismo podía dar y dio tal rescate por otros apareciendo según la palabra del Apóstol, "Tal pontífice nos convenía: santo, inocente, limpio, apartado de los pecadores...Que no tiene necesidad cada día, como los otros sacerdotes, de ofrecer primero sacrificios por sus pecados, y luego por los del pueblo" (Heb. 7:26-27; 9:7) (Interpretación del Salmo 48:8-9). Y así habla San Gregorio el Teólogo: "Cristo es llamado "liberación" (I Cor. 1:30) como el que libera a nosotros prisioneros del pecado, como el que da a Sí Mismo por nosotros como redención y sacrificio purificador por el universo (Palabra sobre la Teología 4).

"Por cada nuestra deuda está dado Aquel que es más alto que nosotros... Para eso árbol por el árbol y manos por la mano; manos extendidos con coraje, por la mano extendida sin

contención; manos clavados por la mano insubordinada; manos que unen en uno los confines del mundo, por la mano que expulsó a Adán. Para eso elevación sobre la cruz por la caída, bilis — por haber saboreado, la corona de espinas por mala gobernación, la muerte por la muerte (Palabra 3). También San Juan el Crisóstomo subraya que el sacrificio en la Cruz de Cristo-Salvador no era otra cosa que "el pago de la deuda" por los pecados de los hombres:

"Imagínate que a una persona alguien debe diez óbolos y él encarcela al deudor junto con su esposa, hijos y sirvientes; pero llega otro quien no solo paga aquellos diez óbolos, sino además regala diez mil talentos de oro, lleva al prisionero al palacio real, lo sienta en un lugar de honor y colma de honras y distinciones, entonces el que prestó diez óbolos se olvida de ellos. ¡Con nosotros pasó igual! Cristo pagó mucho más de lo que debíamos: Su pago en comparación con la deuda es como el mar sin medida con una gota pequeña. Así, no dudes hombre, viendo tal riqueza de bienes; no tengas curiosidad para saber cómo fue apagado el destello de la muerte y el pecado, cuándo fue vertido un mar de dones de gracia (sobre la epístola a los Romanos charla X, 2).

"¡Para nivelar a los pecados, Él voluntariamente murió! ¿Por qué, sin embargo, se dice "elevó"? Para definir la Cruz, porque sobre ella fue clavado el pecado: con la cruz fueron resueltos los pecados" (Sobre Isaías, cap. 53). "Vamos a llevar la cruz de Cristo como una corona. Todo lo que se refiere a nosotros se produce por medio de la cruz: si es necesario el renacimiento, aparece la cruz; si estamos alimentados con aquel Misterioso Alimento, o por imposición de las manos elevados a la dignidad eclesiástica, o para algo otro, ¡en todo caso está el símbolo de nuestra victoria! Por eso con particular preocupación la dibujamos en nuestra vivienda, sobre las paredes, puertas, frentes y en la mente. Es — el signo de nuestra salvación y libertad para todos y demostración de la misericordia de nuestro Señor: "como un cordero al degüello era llevado," (Isaías 53:7). Por eso te proteges con el signo de la cruz, piensa en tu mente sobre todo el significado de la cruz, apaga tu ira y también otras pasiones. Cuando haces el signo de la cruz sobre ti, llena tu mente con gran atrevimiento, haz libre tu espíritu. Que sepan, en todo caso, qué es lo que nos da la libertad."

Por eso también Pablo, incitando nos a la libertad a la que tenemos derecho, enseña así, recordando la cruz y la Sangre del Señor: "Por precio sois comprados; no os hagáis siervos de los hombres" (I Cor. 7:23). Piensa, dice, sobre aquel precio que fue pagado por ti y no seas esclavo de ninguna gente. Precio él llama la Sangre vertida sobre la cruz. No simplemente con los dedos se debe tratarla, sino ante todo, con la disposición del corazón con gran fe; y cuando así está marcado sobre tu rostro, ninguno de los impuros demonios quedará cerca de ti viendo la espada con la cual le dieron el golpe, viendo el cuchillo del cual recibió la herida mortal." (Palabra de cómo no hay que avergonzarse de glorificar la Honorable Cruz — Obras, tomo III, págs. 916-917). "La Cruz es la salvación de la Iglesia. La Cruz es liberación nuestra de los males que nos aprisionaban y el comienzo de los bienes que nos dieron, la cruz — es reconciliación con Dios de sus enemigos y vuelta de los pecadores a Cristo... Con la Cruz estamos liberados de la violencia del diablo y con la cruz estamos liberados de la muerte y perdición. La cruz unió a la gente con los ángeles, haciendo su naturaleza ajena a la corrupción y dándoles la posibilidad de llevar una vida incorrupta. Antes de la Cruz fuimos ajenos al Paraíso, en cambio con la aparición de la cruz

el ladrón fue hecho digno del Paraíso. ¡O, gran fuerza de la cruz! Cristo está sobre la cruz y el diablo está muerto; Cristo está clavado sobre la cruz y toda alma está liberada de lazos" (Palabra para la Elevación — tomo VIII, pág. 804).

Así, ¿en qué está el gran significado del Sacrificio en la Cruz de Cristo para nosotros según la enseñanza de la Palabra Divina y los más grandes Padres de nuestra Iglesia Ortodoxa-Cristiana! ¡Inclinémonos con humildad y veneración ante este gran Misterio de la Redención nuestra del pecado, maldición y muerte, tal como enseña nuestra Santa Iglesia con un amor agradecido a Dios-Salvador nuestro, en profunda conciencia emocionada que en el mundo no hay nada que podría ser comparado con tal amor de Dios hacia nosotros, pecadores caídos, que es unido sabiamente con Su Divina justicia! ¡Gloria, Señor, a Tu honorable Cruz!

4. LA CRUZ PODER DE LOS REYES.

La Cruz — "poder de los reyes," la cruz — invencible victoria de la piedad, la cruz arma invencible; con estas palabras y expresiones la Santa Iglesia glorifica a la Cruz, "sobre ella se crucificó Cristo Rey y Señor," en el solemne día de la festividad de Elevación Universal.

Y que estas no son solo palabras, sino la realidad, claramente testifica gran acontecimiento del año 312 d.C. un maravilloso signo en los cielos que definitivamente convirtió al Emperador del antiguo y pagano Imperio Romano, Constantino el Grande, en un profundo creyente cristiano y no solo puso fin a terribles persecuciones de los cristianos que habían durado tres siglos. También dio comienzo a la paulatina cristianización de todo el Imperio.

Cómo aconteció todo, relata detalladamente un famoso historiador de la iglesia, Eusebio Pamfilo, en su "Primer libro sobre la vida del beato Rey Constantino." Él, ante todo, relata sobre el padre del Emperador Constantino, Constancio Floro, quien estaba bien dispuesto hacia el cristianismo y no quería perseguir a los cristianos, tal como pasaba con sus antecesores Diocleciano, Maximiano y Maxentio.

Después de la muerte de su padre los ejércitos nombraron a Constantino Augusto. "Afirmado en el reino, Constantino enseguida se ocupó de su herencia, visitó las regiones que estaban bajo el poder de su padre y con gran humanidad las gobernó. Además de esto, sometió a las tribus bárbaras que vivían sobre bordes de Rin y sobre la costa occidental del océano. A los que intentaron levantarse hizo pacíficos y a otros que parecían animales salvajes venció, pero viendo que no tenían capacidad de aceptar las reglas pacíficas de la vida, expulsó de los límites de su imperio. Luego él se representó a todo el universo como un gran cuerpo y viendo que la cabeza de este cuerpo — la ciudad real del Imperio Romano, sufre una dura esclavitud de un tirano, primero encargó la defensa a los gobernadores de otras partes del imperio como personas de mas edad (Galerio, Maximiano y Maximino, entre los cuales entonces estaba dividido en 4 partes el Imperio Romano). Pero cuando ninguno de ellos pudo ayudar a Roma y hasta terminaban sus esfuerzos en forma vergonzosa, Constantino dijo que no puede vivir hasta que la ciudad real queda bajo el peso de desastres y comenzó los preparativos para destruir al tirano." (cap. 22, 25 y 26).

Mientras tanto, el tirano mismo Maxentio que estaba en Roma viendo en el Constantino un peligroso rival, le declaró la guerra. "Las fuerzas de Constantino eran mas débiles que las de sus enemigos. El sintió que necesita ayuda desde lo alto y la buscó. El comenzó a pensar a qué dios llamar para ayuda. Con esto pensó que no pocos reyes al poner su esperanza en muchos dioses se engañaron y terminaron mal sus obras y que su padre Constancio toda su vida veneraba al Único Alto Dios y tenía signos de Su protección y así se convenció que se debe honrar a Dios de su padre" (cap. 27).

"Y comenzó a llamar a El y pedir y rogar que le apareciera, le enseñara sobre El y le extendiera Su mano. Constantemente elevando sus oraciones y pedidos, el Rey obtuvo el muy sorprendente signo enviado por Dios; de manera que era hasta difícil de creer, si contaba alguien otro. Pero a nosotros nos convencía con juramento el mismo Rey victorioso, cuando mucho tiempo después lo conocimos y hablamos con él escribiendo este libro; por eso ¿quién dudaría de la verdad de lo dicho? — mas todavía ¡cuando el tiempo subsiguiente fue testigo de su verdad!" "Una vez, en horas de mediodía, cuando el sol comenzó a inclinarse hacia el occidente decía el Rey vi con mis propios ojos formado por la luz el signo de la cruz sobre el sol con la inscripción "¡Con esto vence!"

Esta visión causó pavor tanto a él mismo como también a todo el ejército, que lo seguía no sabiendo adónde, y seguía viendo el milagro revelado" (cap. 28). Esto pasó el 28 de octubre de 312, cuando Constantino con el ejército iba contra Maxentio, encerrado en Roma. Esta milagrosa visión de la cruz en pleno día atestiguada por muchos escritores contemporáneos en base a palabras de los testigos. Es particularmente importante el testimonio del confesor Artemio ante Julián el Apóstata, al cual durante el interrogatorio Artemio decía: "Cristo desde lo alto llamó a Constantino cuando éste hacía la guerra contra Maxentio, mostrándole a mediodía el signo de la cruz, que radiante brillaba sobre el sol y con letras romanas parecidas a estrellas profetizaba la victoria en esta guerra. Estando allí, vimos este signo y leímos las letras, lo vio todo el ejército: muchos testigos de esto están en tu ejército también si solo tu desearas preguntarles" (Ver Historia de Filostorgio, 45).

"Constantino, sin embargo, estaba perplejo y se decía: "¿Qué puede significar semejante visión?" Mientras él pensaba y razonaba — se hizo noche. Entonces en sueño le apareció Cristo Dios con la visión que se vio en el cielo y ordenó hacer un estandarte semejante a lo que se vio en el cielo y usarlo para la protección contra los enemigos" (cap. 29).

"Al levantarse la mañana siguiente Constantino relató a sus amigos este misterio y luego, llamando a los maestros que sabían trabajar con oro y piedras preciosas, se sentó entre ellos y después de describir la imagen del signo les ordenó de hacer una igual de oro y piedras preciosas. Este estandarte dice Eusebio lo vimos con nuestros ojos" (cap. 30).

"Tenía siguiente aspecto: sobre una larga lanza cubierta de oro fue fijada una barra transversal que formaba con la lanza el signo de la cruz. Arriba, sobre la punta de la lanza estaba fijada una corona de oro y piedras preciosas y sobre ésta el símbolo de nombre salvador: dos letras indicaban el nombre de Cristo: XP (indicada por los trazos de la X, de cuyo medio salía la letra P). [Hay que aclarar que en ruso X=I y P=R. El nombre de Cristo en ruso es ICRISTOS.] Estas letras el rey tenía costumbre de llevar sobre su yelmo. Luego sobre

la barra transversal colgaba un fino y blanco trozo cuadrado de tela de rey cubierta de distintas piedras preciosas y que brillaba con rayos de luz. Bordado de oro parecía a los que lo veían inexpresablemente hermoso. Sobre la lanza debajo del signo de la cruz colgaba una representación de oro del Rey amado por Dios y de sus hijos. El rey usaba este estandarte salvador para vencer a la fuerza enemiga contraria y ordenó en todos los ejércitos llevar estandartes semejantes" (cap. 31).

"Sobrecogido por la santa visión y decidido de no honrar a ningún otro dios además del visto, Constantino llamó a los portadores de Su palabra y les preguntó ¿Quién es este Dios y qué significado tiene el signo visto? Ellos respondieron que aquel Dios es el Hijo Unigénito de único Dios y el signo visto — es el símbolo de inmortalidad y solemne signo de la victoria sobre la muerte que tuvo El cuando había venido a la tierra. Luego revelando en detalle la enseñanza sobre la encarnación, ellos explicaron a Constantino también la causa de Su venida" (cap. 32). Así comenzó la revelación de la nueva religión cristiana al Emperador, antes pagano, y en la cual él comenzó a profundizar cada vez más, como relata Eusebio.

"Constantino aprendía de sus palabras y, teniendo ante su vista el milagro de la Aparición Divina y comparando la visión celestial con la explicación de palabra, se afirmaba cada vez más en sus pensamientos. Estaba convencido que el conocimiento de todo esto le es enviado de lo alto y hasta comenzó a leer los Escritos Divinos. Además, ordenó que lo acompañen los sacerdotes de Dios — pensando que a Dios que él vio hay que honrar con todos los medios de servicio.

Protegido así por esperanza buena en Él, él se apresuró al final de apagar el fuego del tirano (cap. 32). Habiendo llamado a Dios de todos y como Salvador y Ayuda a Su Cristo, Constantino con el estandarte de la victoria salió con el ejército contra Maxentio que se fortificó en Roma. Con la Fuerza de Dios, Emperador Constantino obtuvo una brillante victoria sobre el tirano Maxentio, que hacía en Roma actos deshonestos y malvados. Huyendo, el tirano fue tirado desde el puente de Milvian al Tiber y se ahogó a 15 km. de Roma. Agradeciendo a Dios el vencedor solemnemente entró en la ciudad imperial, donde lo recibían "con caras y corazones alegres, con bendiciones y inexpresable gozo. Familias enteras con sus esclavos en voz alta y sin contención lo proclamaban como su libertador, salvador y bienhechor. El en posesión de una innata piedad, no se vanagloriaba con estas exclamaciones y lisonjas, sino teniendo presente la ayuda de Dios, enseguida elevó una oración de agradecimiento al Dador de la victoria" (cap. 39).

Con monumentos populares y escritos el Emperador Constantino hizo saber a toda la gente la fuerza del salvador estandarte de Cristo. "En medio de la ciudad imperial él elevó a este sagrado estandarte y escribió en forma definitiva e imborrable que este salvador estandarte es el protector del Imperio Romano y de todo el reino. Y cuando en el lugar mas poblado de Roma colocaron su estatua — él inmediatamente ordenó fijar en la mano de su imagen aquella alta lanza en forma de la cruz y escribir en latín la siguiente leyenda: "Con este salvador estandarte, un verdadero testimonio de coraje, salvé y liberé vuestra ciudad de yugo del tirano y después de la liberación devolví al senado romano y el pueblo la libertad, el brillo anterior y la fama" (cap. 40). Después el Emperador Constantino y sus

guerreros muchas veces experimentaban la ayuda y la fuerza de la Cruz del Señor. Como atestigua Eusebio, "donde el estandarte de la cruz aparecía, allí los enemigos huían y los vencedores los perseguían. Cuando el Emperador lo supo, ordenó llevar el estandarte salvador como un medio real de la victoria, donde veía alguna de sus huestes debilitada. La victoria enseguida se reconstituía, ya que a los que luchaban fortificaba la fuerza enviada desde lo alto" (Lib. II, cap. 7).

"Por eso a aquellos de sus escuderos que se distinguían por la fuerza física, fuerza del alma y carácter piadoso, Constantino ordenó estar sirviendo solo a este estandarte. Tales hombres había no menos de cincuenta, y ellos no tenían otra obligación que estar parados alrededor del estandarte o seguirlo como guardia cuando cada uno por turno lo llevaba sobre sus hombros." Al escritor de estos acontecimientos relataba el Emperador mismo y a su relato agregó el siguiente acontecimiento recordado (Lib. II, cap. 8):

"Una vez, en plena batalla, en el ejército se produjo gran confusión y ruido. En ese tiempo el que llevaba el estandarte sobre sus hombros sufría mucho de cobardía y pasó su carga a otro para huir del campo de la batalla. Cuando uno tomó el estandarte y el otro se alejó y estaba fuera de la guardia del estandarte — una flecha lo hirió en el abdomen y él cayó muerto, recibiendo el castigo por la cobardía y falta de fe. Por el contrario, para aquel que tomó el estandarte salvador, éste le conservó la vida de manera que a pesar de muchas flechas que mandaban a él — quedaba intacto; todos los golpes recibía la lanza del estandarte" (Lib. II, cap. 9). Con la fuerza de la Cruz del Señor, el Emperador Constantino venció luego al Liquinio que luchaba contra el cristianismo, a los Escitas y a los Sarmatas (Lib. II, cap. 12, 16 y 17; lib. IV, cap. 5 y 6). De manera que la cruz que era el instrumento, entre los paganos, del suplicio deshonroso se tornó con Emperador Constantino el estandarte de la victoria — solemne victoria del cristianismo sobre el paganismo y objeto de la más profunda veneración.

Con el edicto de Milán en el año 312 el Emperador Constantino permitió a todos sin inconvenientes abrazar el cristianismo. Con el edicto del año 313 se ordenaba devolver a los cristianos lugares de reuniones religiosas y todas las posesiones inmobiliarias que fueron confiscadas durante las persecuciones. En el año 314 Emperador Constantino prohibió los juegos paganos, luego liberó a los sacerdotes de funciones cívicas y las propiedades de la iglesia de impuestos comunes; suprimió la ejecución por crucifixión y emitió una severa ley contra los judíos que se levantaban contra la Iglesia Cristiana (313-314); permitió la liberación de los esclavos en las iglesias sin particulares trámites que eran muy engorrosas en los juzgados civiles (316), prohibió a personas particulares de hacer sacrificios a los ídolos y usar el adivinamiento en casa, dejando este derecho solo a las sociedades (319); dio la orden para todo el Imperio Romano de festejar el domingo (321); abolió las leyes existentes entre los romanos contra la soltería y protegió a cristianos y cristianas que daban el voto de castidad; dejó a la Iglesia el derecho de recibir propiedades por testamento; permitió a los cristianos de ocupar altos puestos gubernamentales; ordenó construir libremente templos cristianos y prohibió colocar en ellos, según la costumbre en templos paganos, las estatuas o imágenes imperiales (325).

Así se ve con que poder invencible se manifestó la fuerza de la Cruz de Cristo transformando el enorme mundo pagano en un imperio cristiano y a sus reyes — en fieles guardianes de la Iglesia y la piedad cristiana. Y todos los intentos de hacer renacer el paganismo y en una u otra forma vulnerar al verdadero cristianismo, invariablemente terminaban en derrota. El Emperador Constantino fue declarado Santo por la Iglesia y llamado "Igual a los Apóstoles." La fuerza de la Cruz del Señor vencía y el verdadero cristianismo festejaba la victoria sobre sus enemigos. Es por eso insensato y criminal negar esta fuerza Divina.

5. QUÉ DICE LA PALABRA DE DIOS Y SANTOS PADRES SOBRE EL MISTERIO DE LA REDENCIÓN.

¿Qué decía el Mismo Señor Jesucristo?

"Y como Moisés levantó la serpiente en el desierto, así es necesario que el Hijo del hombre sea levantado; para que todo aquel que en El creyere, no se pierda, sino que tenga vida eterna" (Ju. 3:14-15; comp. Num. 21:8-9).

"El Hijo del Hombre no vino para ser servido, sino para servir, y para dar Su vida en rescate por muchos" (Mat. 20:28).

"Yo soy el pan vivo que he descendido del cielo: si alguno comiere de este pan, vivirá para siempre; y el pan que yo daré es mi carne, la cual yo daré por la vida del mundo" (Ju. 6:51).

"Esto es mi cuerpo, que por vosotros es dado" (Luc. 22:19).

"Esto es mi sangre del nuevo pacto, la cual es derramada por muchos para remisión de los pecados" (Mat. 26:28). "Si el grano de trigo cae en la tierra y no muere, él solo queda; mas si muere, mucho fruto lleva" (Ju. 12:24). "Y yo, si fuere levantado de la tierra, a todos traeré a mí mismo" (Ju. 12:32).

"Así está escrito, y así fue necesario que el Cristo padeciese, y resucitase de los muertos al tercer día; y que se predicase en su nombre el arrepentimiento y la remisión de pecados en todas las naciones" (Luc. 24:46-47). "Os es necesario que yo vaya: porque si yo no fuese, el Consolador no vendría a vosotros; mas si yo fuere, os le enviaré" (Ju. 16:7).

¿Qué decían sobre el Sacrificio en la Cruz de Jesucristo los profetas del Antiguo Testamento?

"El ha sido herido por nuestras rebeldías, molido por nuestras culpas. El soportó el castigo que nos trae la paz, y con sus cardenales hemos sido curados. Todos nosotros como ovejas erramos, cada uno marchó por su camino, y Yahvé descargó sobre él la culpa de todos nosotros. Fue oprimido, y él se humilló y no abrió la boca. Como un cordero al degüello era llevado." (Is. 53:5-7); "por las rebeldías de su pueblo ha sido herido" (8). "se entregó a la

muerte y con los rebeldes fue contado, cuando él llevó el pecado de muchos, e intercedió por los rebeldes" (12).

"Perros innumerables me rodean, una banda de malvados me acorralla como para prender mis manos y mis pies. Puedo contar todos mis huesos; ellos me observan y me miran" (Sal. 21:17-18).

¿Qué decía Juan el Bautista? "He aquí el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo" (Ju. 1:29).

¿Qué decían los Apóstoles?

San Apóstol Juan en su Evangelio mencionando el concejo que dio Caiafa a los judíos sobre Jesucristo: "nos conviene que un hombre muera por el pueblo, y no que toda la nación se pierda" (Ju. 11:50), luego agrega el Apóstol: "esto no lo dijo de sí mismo; sino que, como era el sumo pontífice de aquel año, profetizó que Jesús había de morir por la nación; y no solamente por aquella nación, mas también para que juntase en uno los hijos de Dios que estaban derramados" (51-52). En su epístola san Apóstol Juan dice: "La sangre de Jesucristo nos limpia de todo pecado" (I Ju. 1:7).

En Apocalipsis san Apóstol Juan escribe: "Los veinticuatro ancianos se postraron delante del Cordero, y cantaban un nuevo cántico, diciendo: Digno eres de tomar el libro, y de abrir sus sellos; porque tú fuiste inmolado, y nos has redimido para Dios con tu sangre, de todo linaje y lengua y pueblo y nación" (Apoc. 5:8-9).

"De Jesucristo, el testigo fiel, el primogénito de los muertos, y príncipe de los reyes de la tierra. Al que nos amó, y nos ha lavado de nuestros pecados con su sangre" (Apoc. 1:5). San Apóstol Pedro prescribe a los cristianos: "Conversad en temor todo el tiempo de vuestra peregrinación, sabiendo que habéis sido rescatados de vuestra vana conversación, la cual recibisteis de vuestros padres, no con cosas corruptibles, como oro o plata, sino con la sangre preciosa de Cristo, como de un cordero sin mancha y sin contaminación" (I Ped. 1:17-19).

"Pues que también Cristo padeció por nosotros, dejándonos ejemplo, para que vosotros sigáis sus pisadas... El cual mismo llevó nuestros pecados en su cuerpo sobre el madero, para que nosotros siendo muertos a los pecados, vivamos a la justicia: por la herida del cual habéis sido sanados" (2:21, 24). "porque también Cristo padeció una vez por los pecados, el justo por los injustos, para llevarnos a Dios" (3:18). San Apóstol Pablo dice: "Primeramente os he enseñado lo que asimismo recibí: que Cristo fue muerto por nuestros pecados, conforme a las Escrituras" (I Cor. 15:3). "Cristo nos amó, y se entregó a sí mismo por nosotros, ofrenda y sacrificio a Dios en olor suave" (Efic. 5:2). "Cristo fue ofrecido una vez para agotar los pecados de muchos" (Heb. 9:28). "El cual fue entregado por nuestros delitos, y resucitado para nuestra justificación" (Rom. 4:25). "Al cual Dios ha propuesto en propiciación por la fe en su sangre, para manifestación de su justicia, atento a haber pasado por alto, en su paciencia, los pecados pasados" (Rom. 3:25). "Y no por sangre de machos cabríos ni de becerros, mas por su propia sangre, entró una sola vez en el santuario,

habiendo obtenido eterna redención" (Heb. 9:12-14). Todos estos textos de la Palabra de Dios claramente atestiguan que nuestra redención la cumplió Cristo-Salvador con Su Sangre, vertida por pecados nuestros y con la muerte en la Cruz.

¿Cómo enseñaban los Hombres Apostólicos? San Barrabas dice: "Vamos a creer que el Hijo de Dios no podía sufrir sino solo por nosotros... por nuestros pecados El quiso sacrificar la vasija del espíritu" (Epíst. VII), "tal como Abraham quiso sacrificar a Isaac" (Epíst. V). San Clemente Romano dice: "Vamos a mirar al Señor Jesucristo, Cuya Sangre fue dada por nosotros; vamos a mirar con atención a la Sangre de Cristo y razonar cuán preciosa es Su Sangre ante Dios, cuando vertida para nuestra salvación trajo para todo el Mundo la gracia de la penitencia" (Epíst. a los Corintios 1:21). San Ignacio Portador de Dios dice: "Cristo murió por vosotros, creyendo en Su muerte, vosotros os salvasteis de la muerte" (Epíst. a los Tral. 2). San Policarpo de Smirna dice: "El sufrió por nuestros pecados la misma muerte... todo lo sufrió por nosotros para que vivamos en El" (Epíst. a los Filip. 1:8).

¿Cómo enseñaban los maestros cristianos de los siglos 2 y 3? El hombre que escribió una epístola a Diógenes le escribe: "Dios dio a Su propio Hijo como rescate por nosotros, al Santo por los impíos, al Justo por los injustos, al Inocente por los culpables, al Incorrupto por los corruptos, al Inmortal por los mortales" (Epíst. a Diógenes IX). San mártir Justino escribe: "Cristo, por la voluntad del Padre, se hizo hombre para salvar a los que creen en El y fue sometido a la denigración y sufrimientos para con la muerte y la resurrección vencer a la muerte (Apolog. I, 63). San Irineo de Lyon escribe: "Cristo redimió a nosotros con Su Sangre y rindió Su alma por nuestras almas, y Su carne por nuestra carne" (Contra las herejías V, 1). Tertuliano escribe: "Cristo quiso nacer de la carne en la carne para con Su nacimiento reformar nuestro nacimiento y con Su muerte destruir nuestra muerte" (Contra Marc. III, 9). San Cipriano de Cartagena escribe: "Cristo nos otorgó esta gracia, dio a nosotros el don de Su misericordia, venciendo a la muerte con Su cruz, redimiendo a los creyentes con el precio de Su Sangre, reconciliando al hombre con Dios Padre, vivificando con el renacimiento celestial" (Prin. Demetrio 25).

¿Cómo enseñaban los grandes Padres de la Iglesia del siglo 4?

San Atanasio el Grande, Arzobispo de Alejandría, escribe: "Como se debía, por fin, a toda la gente pagar su deuda (la deuda consistía en que toda la gente era mortal, lo que era la causa de la llegada de Jesucristo a la tierra); por eso El habiendo demostrado Su Deidad con Sus acciones, entregó en sacrificio a la muerte por toda la gente el templo de Su Cuerpo. Para que, por un lado, hacer a todos no culpables y libres del viejo delito, por otro lado, — revelar a Sí Mismo vencedor de la muerte e incorruptibilidad de Su Cuerpo transformar en el comienzo de la resurrección universal... La muerte era imprescindible: era necesaria la muerte por toda la gente, ya que era necesario el pago de la deuda común que pesaba sobre toda la gente. Para esta finalidad, el Verbo, inmortal por Su naturaleza, tomó la carne mortal, para a ella como Su carne sacrificar por toda la gente y para sufrir con la carne la muerte por todos" (Sobre la encarnación 20). Y así habla San Gregorio el Teólogo: "Cristo es llamado "liberación" (I Cor. 1:30) como el que libera a nosotros prisioneros del pecado, como el que da a Sí Mismo por nosotros como redención y sacrificio purificador por el universo" (Palabra sobre la Teología 4). "Por cada nuestra deuda está dado Aquel que es

más alto que nosotros... Para eso árbol por el árbol y manos por la mano; manos extendidos con coraje, por la mano extendida sin contención; manos clavados por la mano insubordinada; manos que unen en uno los confines del mundo, por la mano que expulsó a Adán. Para eso elevación sobre la cruz por la caída, bilis por haber saboreado, la corona de espinas por mala gobernación, la muerte por la muerte" (Palabra 3).

San Cirilo de Jerusalén: "Fuimos enemigos a causa del pecado, y Dios designó la muerte para el pecador. ¿Cuál de los dos debía ser: según la justicia se debía matar o por amor al hombre vulnerar el designio? Pero observa la sabiduría Divina: El conservó la verdad del designio; y la fuerza del amor al hombre. Elevó Cristo "nuestros pecados en su cuerpo sobre el madero, para que nosotros siendo muertos a los pecados, vivamos a la justicia" (I Ped. 2:24)" (Enseñanza XIII, 33).

"Y no te extrañes que esté redimido todo el mundo ya que murió por él no un hombre común sino el Hijo de Dios Unigénito. El pecado de un hombre Adán tenía tanta fuerza que trajo muerte al mundo. Si la muerte reinaba en el mundo "por un delito" (Rom. 5:18), entonces mas todavía ¿con la verdad de Uno no reinará la vida? Y si entonces por el árbol, del cual comieron, fueron expulsados del paraíso, ¿no sería útil ahora a través del árbol de Jesús entrar para los creyentes al paraíso? Si el primer-creado de la tierra trajo la muerte universal, ¿no traería la vida eterna El que creó al hombre de la tierra, cuando El Mismo es vida? Si Finees, siendo celoso y habiendo asesinado al que pecaba, paró la ira de Dios (Num. 25:8), entonces Jesús, Quien dio la muerte no a otro que a Sí Mismo como precio de redención ¿no podrá saciar la ira contra los hombres? (2 Tim. 2:6)" (Enseñanza 2).

"No era poco importante El que murió por nosotros; no era el Cordero sensible, no un hombre común, no solo Ángel, sino Dios Encarnado. No era tan importante la culpa de los pecadores, como era importante la verdad de Aquel que murió por ellos. No pecamos tanto, cuanto hizo de la verdad El que puso Su Alma por nosotros, y de nuevo, cuando quiso la retomó" (Enseñanza XIII, 33).

San Basilio Grande dice: "Entonces como nadie de los hombres, según la palabra de las Escrituras, podía "redimirse ni pagar a Dios por su rescate" (Sal. 48:8) para lograr la clemencia de Dios, ya que todos eran culpables del pecado, tal precio de redención por las almas de todos apareció la santa y preciosa Sangre de nuestro Señor Jesucristo vertida por ellos. ¿Por qué? Porque El no era un simple hombre, sino el que sobrepasa por Su ser a los hombres — Dios-hombre, y además por Su parte humana completamente sin pecado, por eso no necesitaba dar a Dios el rescate por la redención de Su alma y El Mismo podía dar y dio tal rescate por otros apareciendo según la palabra del Apóstol: "Tal pontífice nos convenía: santo, inocente, limpio, apartado de los pecadores... Que no tiene necesidad cada día, como los otros sacerdotes, de ofrecer primero sacrificios por sus pecados, y luego por los del pueblo" (Heb. 7:26-27; 9:7) (Interpretación del Salmo 48:8-9).

San Juan Crisóstomo dice: "Imagínate que a una persona alguien debe diez óbolos y él encarcela al deudor junto con su esposa, hijos y sirvientes; pero llega otro quien no solo paga aquellos diez óbolos, sino además regala diez mil talentos de oro, lleva al prisionero al palacio real, lo sienta en un lugar de honor y colma de honras y distinciones, entonces el

que prestó diez óbolos se olvida de ellos. ¡Con nosotros pasó igual! Cristo pagó mucho más de lo que debíamos: Su pago en comparación con la deuda es como el mar sin medida con una gota pequeña. Así, no dudes hombre, viendo tal riqueza de bienes; no tengas curiosidad para saber cómo fue apagado el destello de la muerte y el pecado, cuándo fue vertido un mar de dones de gracia" (Sobre la epístola a los Romanos charla 10, 2). "Cristo, por Su lado, murió por todos para salvar a todos, y esta muerte coincide completamente con la pérdida de todos, pero no destruyó los pecados de todos ya que ellos mismos no lo quisieron" (Sobre la epístola a los Hebreos, charla 17, 2).

"¿No sería la causa, por la cual El (Cristo) fue entregado a la muerte, que odiaba pecados? Para nivelarlos (pecados), El voluntariamente murió. ¿Por qué, sin embargo, está dicho "elevó" o "elevará"? Para indicar a la cruz, ya que sobre ella fue clavado en la cruz el pecado: con la cruz fueron perdonados los pecados" (Interpretación del prof. Isaías, cap. 53).

"De cuantos bienes se hizo culpable para nosotros la cruz de Cristo, con la fuerza del Crucificado sobre ella hizo tantos cambios... ella se tornó para nosotros no causa de sufrimientos, sino la liberación de sufrimientos... La cruz es la salvación de la Iglesia... La cruz — es la liberación nuestra de los males que nos aprisionaban y el comienzo de los bienes que nos fueron otorgados, la cruz — es la reconciliación con Dios de Sus enemigos y la conversión a Cristo de los pecadores... Con la cruz estamos liberados de la violencia del diablo y con la cruz estamos salvados de la muerte y perdición. La cruz unió a los hombres con los ángeles, haciendo su naturaleza ajena a toda corrupción y ofreciendo la posibilidad de llevar una vida incorrupta... Antes de la cruz estuvimos ajenos al paraíso, en cambio con la aparición de la cruz en seguida el ladrón fue hecho digno del paraíso. ¡O, gran fuerza de la Cruz! De tales tinieblas la cruz nos llevó hacia la luz sin ocaso, de la muerte nos llamó a la vida eterna, de la corrupción nos hizo renacer a la incorruptibilidad. En realidad, ¿qué bien recibimos no de la cruz, qué gracia nos es otorgada no a través de la cruz?.. Cristo pende de la cruz — y el diablo es muerto; Cristo es clavado a la cruz — y toda alma es liberada de lazos" (Palabra para la Elevación de la cruz, t. VIII, pág. 864).

San Efrén Siríaco dice: "Por nosotros sufrió el valiente Señor, por nosotros crucificado el Único Sin Pecado... por nosotros impuros es muerto Cristo Salvador nuestro" (Palabra sobre el sufrimiento del Salvador). San Atanasio el Grande habla particularmente sobre el por qué la redención nuestra se produjo a través de la crucifixión del Señor nuestro Jesucristo en la cruz: "¿Por qué el Señor sufrió no cualquier otra muerte sino la de la cruz? El que hace esta pregunta que sepa que ésta, justamente, podía ser salvadora para nosotros y a ésta sufrió el Señor para nuestra salvación. Ya que si El vino para llevar sobre Sí Mismo el juramento que estaba sobre nosotros, entonces ¿con qué otro modo podía ser Él el juramento si no sufría la muerte que estaba bajo el juramento? Y tal muerte es la muerte sobre la cruz, ya que está escrito: "Maldito cualquiera que es colgado en madero" (Gal. 3:13). En segundo lugar, si la muerte del Señor es la redención de todos, si con ella se destruyen los obstáculos y se produce el llamado a los pueblos (Ef. 2:14), entonces, ¿cómo podría El llamarnos a Su Padre si no se crucificaría en la Cruz? Ya que solo sobre la cruz se puede morir con los brazos abiertos" (Sobre la encarnación 25). San Juan el Damasceno — padre de nuestra teología dogmática, al final del siglo 8 escribía: "Él muere, recibiendo por

nosotros la muerte y por nosotros Se sacrifica para el Padre. Nosotros pecamos ante el Padre y El debía recibir el precio de redención por nosotros para así liberarnos de la condena. Pero no al verdugo del género humano es ofrecida la Sangre del Señor" (Exposición exacta de la fe, cap. 27). De todo lo arriba mencionado está claro que la redención nuestra es cumplida por el Señor Jesucristo a través del derrame de la preciosa Sangre de El por nosotros como Cordero de Dios que toma el pecado del mundo a través de Su muerte sobre la Cruz. Todo esto está marcado en nuestro Servicio Religioso. Así en el tropario de 6ª hora de Cuaresma se canta:

"En el sexto día y hora clava en la cruz el atrevido pecado de Adán...," en cambio en el Viernes Santo se canta el tropario: "Redimiste nos del juramento de la ley con Tu honorable Sangre, clavado en la cruz y traspasado por la lanza, vertiste la inmortalidad a los hombres. ¡Salvador nuestro, gloria a Ti!"

Folleto Misionero # S32
Copyright © 2005 Holy Trinity Orthodox Mission
466 Foothill Blvd, Box 397, La Canada, Ca 91011
Editor: Obispo Alejandro (Mileant)

LA VIDA DE LA IGLESIA

Contenido: ¿Quién fundó la Iglesia Ortodoxa? ¿Cuándo nació la Iglesia Ortodoxa? La separación de las Iglesias. Patriarcados. Los Santos Padres. Monaquismo. A propósito de la Ortodoxia. El poder de proclamar la verdad. Resoluciones de la Iglesia Ortodoxa (Derecho Canónico). La igualdad de jerarquía. Concilios. Algo más sobre la Iglesia Ortodoxa. La Iglesia está exenta de caer en el error. La autoridad máxima en la Iglesia. Iconos. Ritos. La Ortodoxia hoy.

¿QUIÉN FUNDÓ LA IGLESIA ORTODOXA?

La iglesia ortodoxa fue fundada por Nuestro Señor Jesucristo sobre los doce Apóstoles, en la ciudad de Jerusalén cuando envió el Espíritu Santo prometido, en formas de lenguas de fuego sobre el Cenáculo, en el día Pentecostés, mientras todos los Apóstoles, la Virgen María y discípulos, se hallaban reunidos y rezando (Hechos 1:13-15). Esta fue la primera comunidad cristiana o de creyentes en Jesús, es decir, la primera Iglesia cristiana. Su doctrina, como lo es El mismo, es divina, es sobrenatural, enviada por Dios para la salvación de los hombres.

Cristo permanece con su Iglesia hasta la consumación de los siglos. El es su única cabeza y jefe. No existen en su iglesia Jefes Universales e infalibles por sobre todos los obispos y concilios. Sólo una autoridad suprema: Cristo, su Fundador, verdadero Dios y verdadero hombre. Desde Jerusalén, el Evangelio fue propagado por los Apóstoles en los países vecinos. Fue en Antioquía donde los creyentes en Jesucristo comenzaron a llamarse por

primera vez "Cristianos"; saludable nombre que llevamos hasta hoy día" (Hechos 11:26). Luego la prédica cristiana llegó hasta Roma, capital del Imperio Romano, donde el Apóstol S. Pablo formó la primera comunidad cristiana, compuesta por varias familias a las que él mismo enumera y saluda en su Epístola a los Romanos, Cap. 16. Desde Roma, el Evangelio fue propagado a todo el Occidente y a otras partes del mundo.

La administración de los cristianos la ejercían los Obispos; el de más autoridad en cada región llevaba el título de Patriarca. El mundo cristiano tenía cinco Patriarcas: el de Roma, Constantinopla, Alejandría, Antioquía, y Jerusalén; todos ellos tenían iguales derechos, eran independientes en la administración de su región e iguales entre sí, considerando primero entre iguales "primus inter pares," al Patriarca de Roma, por ser la capital del Imperio (1er Conc. Ecum., art. 6°; 2° Conc. Ecum., art. 3°; 4° Conc. Ecum., art. 28; 6° Conc. Ecum. art. 36). La más alta autoridad de la Iglesia Cristiana era y es aún el Concilio Ecuménico, cuyas decisiones son obligatorias para toda la Iglesia. Con la libertad del culto, aparecieron herejías en la prédica del cristianismo, por lo cual fue necesario corregir estas erróneas interpretaciones sentándose las bases de la verdadera doctrina cristiana, lo que ocurrió en el primer Concilio Ecuménico, formado por 318 Santos Padres, que el Emperador Constantino convocó en la ciudad de Nicea — en el año 325. Allí fue compuesto el "Credo o Símbolo de la Fe, que en pocas palabras, expresa claramente nuestra creencia y doctrina cristiana. Este Credo fue completado en sus últimos artículos en el II Concilio Ecuménico en Constantinopla (año 381) y por ello se llama Credo o Símbolo de la Fe Niceno-Constantinopolitano. Mas tarde fueron convocados otros Concilios Ecuménicos (siete) reafirmando en ellos el verdadero dogma cristiano, siendo las resoluciones de estos obligatorias, constituyendo con la Santa Escritura la base y el fundamento de la Iglesia cristiana. El triunfo del cristianismo se produjo tres siglos después de la muerte de Cristo: con la paz decretada por Constantino, emperador de Roma. Hasta ese entonces el cristianismo vivía en las catacumbas, lugares en donde se celebraban todos sus actos religiosos, y aprendían a conocer a Cristo (Libro Hecho de los Apóstoles). Desde ese momento la Iglesia de Cristo sigue su camino a través de todo el mundo en la prédica de la doctrina de Jesucristo

¿CUÁNDO NACIÓ LA IGLESIA ORTODOXA?

La iglesia ortodoxa, fundada por Cristo sobre sus doce Apóstoles nació el año 33 de la era cristiana, cuando en el día de Pentecostés el Espíritu Santo descendió sobre los Apóstoles reunidos en el Cenáculo en forma de lenguas de fuego. La Iglesia Cristiana Ortodoxa nació con Cristo y sus Apóstoles. Ella no nació ni se formó en el año 858 con Focio, ni en el año 1054 con Miguel Cerulario, como equivocada y erróneamente algunos pretenden enseñar, La Iglesia Ortodoxa vio la luz allá en la Palestina con Jesucristo, se expendió con los Apóstoles, y se cimentó sobre la sangre de los mártires. No tuvo su origen en Grecia u otra región que no sea Palestina. La Iglesia Ortodoxa no muere, porque descansa sobre Cristo, y tiene la promesa suya de que existirá hasta el fin de los siglos. En vano sus enemigos y todos los corifeos de la impiedad tratarán de destruirla, de negarla, de perseguirla. La

Iglesia Ortodoxa, a semejanza de su divino Maestro y fundador Jesucristo, desde su mismo nacimiento, en el año 33 d. C., ha padecido y sufrido terribles persecuciones bajo el Imperio Romano pasando por las musulmanas, turcas, hasta nuestros días, en que sufre la más violenta de todas: el Comunismo. La sangre de ininidad de mártires ha sellado y probado al mundo la sublimidad de su amor y perfección y la veracidad de su doctrina divina. A pesar de todo siempre ha subsistido y triunfado. Ella vive y vivirá eternamente en Cristo, y seguirá confiada en sus palabras: "Yo estaré en medio de vosotros hasta la consumación de los siglos. Las puertas del infierno no prevalecerán contra ella."

LA SEPARACIÓN DE LAS IGLESIAS

Ante todo es preciso tener en cuenta que la Iglesia Ortodoxa nunca se separó de ninguna otra Iglesia. Ella viene en línea recta desde Nuestro Señor Jesucristo y de sus Apóstoles. Ella nunca se apartó, a través de los siglos, de la auténtica y verdadera doctrina enseñada por el Divino Maestro. Los demás se separaron de ella, más ella nunca se apartó de nadie, de la recta línea que va hasta Jesucristo. La Iglesia Ortodoxa es una, ayer, hoy y mañana: es la misma siempre. Cristo le ha señalado su derrotero a seguir, y ella lo ha hecho sin apartarse jamás del mandato de Cristo.

Un hecho doloroso y triste en la historia de la Iglesia de Cristo, fue la separación de las Iglesias Ortodoxa y Romana, que por mil años permanecieron unidas. Las causas son múltiples y complejas: Psicológicas, políticas, culturales, disciplinarias, litúrgicas y dogmáticas. Una cosa es bien cierta y demostrada históricamente: La separación definitiva no se produjo con el Patriarca Focio, en el siglo IX, ni con el Patriarca M. Cerulario, en el siglo XI (1054) pues a pesar de las divergencias que había entre ambas Iglesias, principalmente la cuestión del Filioque y de los Búlgaros, la unidad se mantenía. Los Patriarcas orientales y occidentales permanecieron en comunión, al menos parcial, y en Constantinopla misma, las iglesias y monasterios latinos continuaron existiendo. La división se fue gestando poco a poco a través de muchos siglos. En resumen podemos decir que la verdadera causa de la separación fueron dos hechos: 1) Carlomagno y los libros Carolinos (S. IX): al pretender Carlomagno contraer matrimonio con la Princesa Irene de Bizancio y no conseguir su objeto, atacó a los orientales, achacándoles errores que no tenían, en los libros llamados (Carolinos y por los Teólogos de la corte de Aix-la-chapelle. Este hecho afectó profundamente la vida entre ambas Iglesias, no obstante haber desaprobado el mismo Papa, todo esto. 2) La ruptura definitiva y verdadera se produjo en el momento de las Cruzadas, que jugaron un papel totalmente nefasto en las relaciones entre las dos partes de la cristiandad: los obispos orientales fueron reemplazados por Latinos, y sobretodo la famosa IV Cruzada (1198). dio el golpe de gracia a los vestigios de unidad que aún existían: la flota veneciana, que transportaba los Cruzados hacia Tierra Santa, se desvió hacia Constantinopla y puso sitio a la "Ciudad guardada de Dios." El Occidente todo entero se enriqueció de reliquias y tesoros bizantinos y un patriarca veneciano, Tomás Morosini, se sentó sobre la silla de Focio, con el acuerdo del Papa Inocencio III. A las divergencias doctrinales entre griegos y latinos, se añadió una desconfianza nacional que contribuyó a volver aún más aleatorias las tentativas de la unión. El testamento de Jesucristo antes de su muerte fue una oración por la unión de todos

los que creen en él. Fiel discípula de Cristo, la Iglesia Ortodoxa pide siempre por la unión de los cristianos: "Roguemos al señor por la paz de todo el mundo, por la prosperidad de las Iglesias de Dios y la unión de todos" (Santa Liturgia).

El cisma estaba consumado, sin que haya sido posible subsanar tal rotura del vestido de Cristo hasta el día de hoy a pesar de los deseos y esfuerzos hechos en tal sentido. La esperanza de la unión no ha logrado convertirse en la feliz realidad, que todos anhelan. Se han hecho tres Concilios con tal motivo: -Concilio Barinense, en 1098, Bari Apulia; el Concilio de Lión, en 1274; y el Concilio de Florencia, entre los años 1438 y 1439. En ninguno de ellos se logró la tan ansiada unión de todos los cristianos en una única Iglesia, bajo una única cabeza: Cristo. Solamente Dios y la oración harán posible la unión de ambas Iglesias. Todos los esfuerzos que se realizan hoy mundialmente serán vanos, estarán condenados al fracaso si no se apoyan en la oración y el sacrificio. Es preciso que desaparezca ante todo el ataque y la prédica condenatoria y el trato de herejes y cismáticos dispensados abundantemente por Roma contra la Iglesia Ortodoxa y los demás cristianos. Es necesario no tener a la Iglesia Ortodoxa como oveja descarriada, que vive en el error, en las tinieblas. Pedimos a Dios que las palabras de Cristo, "un sólo rebaño bajo un sólo Pastor," sean un día una feliz realidad.

PATRIARCADOS

La constitución de la Iglesia Ortodoxa comprende Patriarcados e Iglesias autocéfalas. Los Patriarcados los podemos dividir de la siguiente manera: Los de origen apostólico son 4:Jerusalén, Alejandría, Antioquía, Roma (Que se separó en el año 1054).

Patriarcado de Constantinopla: Creado en los Concilios de Constantinopla I, II Concilio Ecuménico, en el año 381, y en el IV Concilio Ecuménico de Calcedonia, año 451. Patriarcados Nuevos con jurisdicción: son 4:Moscú, Yugoslavia, Rumania, Bulgaria.

En total son 9 Patriarcados: Roma, Constantinopla, Alejandría, Antioquía, Jerusalén, Moscú (1589), Yugoslavia (1951), Rumania (1885), Bulgaria (1946). A estos patriarcados hay que añadir 11 Iglesias autocéfalas: 1) Georgia (470); 2) Grecia; 3) Chipre (431); 4) Albania; 5) Polonia; 6) Checoslovaquia; 7) Sinaí; 8) Finlandia; 9) Japón; 10) China; 11) Hungría. Existen además las Iglesias en formación de: 1) América Norte y Sur; 2) Australia; 3) Ucraniana en EE. UU. y Canadá; 4) Corea; 5) Rusia en el exilio bajo el metropolitano Anastasio; 6) Uganda; 7) Africa del Sur.

LOS SANTOS PADRES

Desde los primeros siglos del cristianismo hubo grandes pensadores que pusieron su inteligencia al servicio de Cristo y su doctrina. Tales personajes volcaron su ciencia y profundos conocimientos en escritos, en donde a la vez que explicaban la nueva fe, la defendían de los ataques de sus enemigos y herejes. Siempre en la Iglesia de Cristo ha habido herejías: Docetas, Gnósticos, Arrianos, Eutiquianos, Monotelitas, Maniqueos, Iconoclastas, etc., que la Iglesia condenó en varios Concilios, estableciendo la verdadera fe.

Entre los principales escritores y expositores del primitivo cristianismo, tenemos dos grupos: Los Padres Apostólicos, los sucesores inmediatos de los Apóstoles y los primeros escritores: La Didajé, el Pastor de Hermas, San Ignacio, San Policarpo, Papias, etc. y los Santos Padres, que exponen en grandes y profundos tratados toda la doctrina de Cristo. Entre los principales SS. Padres que defendieron y sistematizaron la verdadera doctrina de la Iglesia ortodoxa tenemos: San Basilio el Grande, San Juan Crisóstomo, San Atanasio, S. Cirilo de Alejandría, S. Cirilo de Jerusalén, S. Gregorio Nazanzeno, S. Gregorio de Niza, Orígenes, S. Efren el Sirio, el Historiador Eusebio, San Juan Damasceno, que fue el primero en compendiar de un modo sistemático toda la Teología Ortodoxa; el Patriarca Focio, etc. En Occidente encontramos los siguientes Santos Padres: San Agustín de Hipona, San Jerónimo, San Ambrosio, San Hilario de Poitiers, San Gregorio Magno, San Leon Magno, etc. El período de esta era patrística cristiana abarca desde el año 100 hasta el año 900 d. C. La Iglesia tiene gran veneración hacia estos sabios, tanto por su santidad como por su ciencia, constituyendo ellos, testigos verídicos e incuestionables del primitivo cristianismo, junto con los Concilios, la principal fuente de la Tradición divina y apostólica.

MONAQUISMO

Los diferentes aspectos de la piedad y de la espiritualidad que han caracterizado y caracterizan aún la ortodoxia han encontrado, en el curso de la Edad Media, sus mejores representantes entre los monjes.

El Monaquismo cristiano hace su aparición en los siglos III y IV, como una antítesis a la nueva situación de relativo confort que la Iglesia había encontrado bajo la protección del Imperio. La elite de los cristianos prefirió huir al desierto y testimoniar así que el Reino de Dios es un reino futuro y que la Iglesia no puede encontrar aquí abajo un refugio permanente. Es en los monasterios que se modeló la *lex orandi* bizantina en su forma definitiva. A través de la historia el monaquismo ortodoxo conoció diversas formas, después del Anacoretismo total, cuyos orígenes se remontan a los desiertos de Egipto (Tebaida) y de Palestina, hasta las grandes comunidades, disciplinadas por las Reglas de San Pacomio y de San Basilio, siguiendo los Consejos Evangélicos de Pobreza, Obediencia y Castidad. Hoy día el monaquismo ortodoxo se halla representado por los monasterios de Monte Athos, la República de los Monjes, donde habitan unos 5.000 de ellos, dedicados a la oración y a la caridad, después de abandonar todo lo que es de este mundo.

A PROPÓSITO DE LA ORTODOXIA

La ortodoxia es la Iglesia de Cristo sobre la tierra. La Iglesia de Cristo no es una institución; es una vida nueva con Cristo y en Cristo, dirigida por el Espíritu Santo. La luz de la resurrección de Cristo reina sobre la Iglesia y la alegría de la resurrección, del triunfo sobre la muerte, la compenetra. El señor resucitado vive con nosotros, y nuestra vida en la Iglesia

es una vida misteriosa en Cristo. Los "Cristianos" llevan este nombre precisamente porque ellos son de Cristo; ellos viven en Cristo, y Cristo vive en ellos. La Encarnación no es únicamente una idea o una doctrina; es ante todo un suceso que se produce una vez en el tiempo, más que posee toda la fuerza de la eternidad. Y esta Encarnación perpetua, en tanto que unión perfecta, indisoluble, aunque sin confusión, de dos naturalezas — la naturaleza divina y la naturaleza humana — forma la Iglesia. La Iglesia es el Cuerpo Místico de Cristo, en tanto unidad de vida con El. Se expresa la misma idea, cuando se da a la Iglesia el nombre de Esposa de Cristo o Esposa del Verbo. La Iglesia, en tanto como Cuerpo de Cristo no es Cristo — Dios Hombre — pues ella no es más que su humanidad: más es la vida en Cristo y con Cristo, la vida de Cristo en nosotros: "No soy más yo quien vive, es Cristo que vive en mí" (Gal. 2:20). La Iglesia, en su calidad de Cuerpo de Cristo que vive de la vida de Cristo, es por ello mismo el dominio en donde está presente y en donde obra el Espíritu Santo. Decimos más: la iglesia es la vida por el Espíritu Santo, porque ella es el Cuerpo de Cristo. He aquí porqué se puede definir la Iglesia como una vida bendita en el Espíritu Santo; se dice algunas veces también que ella es el Espíritu Santo que vive en la humanidad. La Iglesia es la obra de la Encarnación del Verbo, ella es esta Encarnación: Dios se asimila la naturaleza humana y la naturaleza humana se asimila la vida divina. Es la deificación (Zeosis) de la naturaleza humana, consecuencia de la unión de dos naturalezas en Cristo. Entonces, la Iglesia es el Cuerpo de Cristo; por la Iglesia nosotros participamos de la vida divina de la Sma. Trinidad. Ella es la vida en Cristo. Entonces, la Iglesia es el Cuerpo de Cristo, que permanece indisolublemente unida a la Sma. Trinidad. Ella es la vida en el Espíritu Santo, por la cual nos hacemos hijos del Padre y que pone en nuestras almas: "Abba, Padre," y que nos manifiesta éste Cristo viviente en nosotros. Antes de estudiar la definición y la manifestación de la idea de la Iglesia en la historia, debemos comprender la Iglesia como un don divino, permaneciendo en sí misma e idéntica a sí misma, como la expresión de la voluntad de Dios que se realiza en el mundo. La Iglesia existe, ella es "donada" en un cierto sentido, independientemente de su formación histórica, ella se forma porque ya existe de ella un deseo divino, sobrehumano. Ella existe en nosotros, no en tanto como institución o sociedad, sino sobretodo como una cierta evidencia espiritual, una experiencia especial, una vida. No puede existir una definición satisfactoria y completa de la Iglesia. "Venid y ved": no se concibe la Iglesia más que por experiencia, por la gracia, participando de su vida. La esencia de la Iglesia es la vida divina, revelándose en la vida de las criaturas; es la definición de la criatura por la fuerza de la Encarnación y de Pentecostés. Ella es una vida espiritual, escondida en el "hombre secreto," en la "cámara interior," de su corazón; en este sentido, ella es un misterio y un sacramento. Ella está por sobre la naturaleza — dicho de otra manera — ella existía antes que el mundo fuera hecho; más ella es compatible con la vida de éste mundo.

La vida de la Iglesia es la vida de la fe, por la cual las cosas de este mundo se vuelven transparentes. La existencia misma de la Iglesia es un objeto de fe; se la conoce por la fe: "yo creo en la Santa Iglesia católica apostólica." El hombre se vuelve un ser universal: su vida en Dios se une a la vida de toda la creación por los lazos del amor cósmico. Tales son los límites de la Iglesia. Y esta Iglesia, que une no solamente los vivos, sino también los muertos, las jerarquías de los ángeles y toda la creación, esta Iglesia es anterior a la creación del mundo y del hombre; ella se pierde en la eternidad. Se puede decir que la Iglesia fue — ante de todos los siglos — el fin y el fundamento de la creación; en este

sentido "ella ha sido creada antes de toda cosa y es por ella que el mundo ha sido hecho." Ciertamente la Iglesia no alcanza la plenitud de su existencia más que después de la Encarnación, y, en éste sentido la Iglesia ha sido fundada por N. S. Jesucristo. No se puede definir los límites de la Iglesia ni en el espacio ni en el tiempo, ni en la fuerza de acción. Las profundidades de la Iglesia son insondables. La vida invisible de la Iglesia, la vida de la fe, está indisolublemente unida a las formas concretas de la vida terrestre. "Lo invisible" existe en lo visible, está incluido. La existencia eterna, inmóvil, divina de la Iglesia aparece en la vida de este siglo, como una manifestación histórica; ella tiene un comienzo en la historia. La Iglesia ha sido fundada por N. S. Jesucristo. Entonces fue puesto el fundamento de la Nueva Alianza.

EL PODER DE PROCLAMAR LA VERDAD

Los concilios son ante todo la expresión tangible del espíritu de "conciliaridad," y la realización de ésta. No es necesario considerar un concilio como una institución toda exterior que proclama por vía de autoridad una ley divina o eclesiástica, una verdad por otra parte inaccesible a los miembros aislados de la Iglesia. Es necesario recordar siempre que el Concilio, sea o no ecuménico, no es más que un órgano exterior, establecido para la proclamación infalible de la verdad, e instituido para ello. Este principio nos llevaría a concluir que la Iglesia, antes de los concilios y sin concilios es "católica e infalible." Además de ésta consideración, la idea misma de un órgano exterior para proclamar la verdad, aparecería este órgano por sobre la Iglesia; ella subordinaría a un hecho externo, tal como una asamblea eclesiástica, la acción del Espíritu Santo. Sólo la Iglesia puede dar testimonio de la verdad y conocerla en su "conciliaridad," en su identidad en sí misma. ¿A quién pertenece en la Iglesia el poder de proclamar la verdad doctrinal? Al poder eclesiástico, concertado entre las manos del episcopado. Más por esta proclamación, el órgano del poder eclesiástico no se vuelve él mismo ex sese el poseedor de la infalibilidad; ésta no pertenece más que a la Iglesia, en su ecumenicidad. El poder eclesiástico (concilio de obispos, algunas veces un sólo obispo en los límites de su diócesis). es solamente el órgano legal de la proclamación de lo que es también la conciencia de la Iglesia, la expresión de la verdad, el se vuelve de alguna manera pars pro todo.

RESOLUCIONES DE LA IGLESIA ORTODOXA (DERECHO CANÓNICO).

¿Cómo podemos saber cuáles son las resoluciones de la Iglesia C. Ortodoxa? Para contestarnos a esta pregunta debemos reunir a las siguientes fuentes de informaciones:

Las Sagradas Escrituras.

El derecho Apostólico (Nomocanon).

Las disposiciones y artículos de los Concilios Ecuménicos.

Las disposiciones y artículos de los Concilios Locales.

Las disposiciones eclesiásticas permanentes.

La Iglesia Ortodoxa para su recta organización y administración posee su Derecho Canónico Ortodoxo, llamado Nomocanon, órgano que regula su funcionamiento. El Derecho

Canónico. — "Enseñad a los hombres a observar todo aquello que yo os he enseñado" (Mat. 28:20). Es por su divina constitución que la Iglesia, como guardiana de la ley divina, tiene el derecho de establecer cánones (Cánon-Regla), de juzgar y si es necesario de aplicar sanciones: "Quien os escucha, a mí me escucha; quien os menosprecia, a mí menosprecia" (Luc. 10:16). Desde sus orígenes, la Iglesia ha sido muy consciente de su responsabilidad y de su orden histórico. El Concilio de Jerusalén regula las cuestiones relativas a los

cristianos de origen judío (Act. 15:22); San Pablo se refiere a las cuestiones de las asambleas, a las cualidades requeridas por los obispos, al uso de los carismas. Durante los tres primeros siglos la Iglesia emplea el derecho de costumbre que se encuentra en la Didajé (fin del siglo I y principio del siglo II), la tradición apostólica de Hipólito (principio del siglo III), la Didascalia de los Apóstoles (hacia el 250), las Constituciones Apostólicas (hacia el 380).

Con el siglo IV, la Iglesia entra en el tiempo de los Concilios regulares. Muchas Colecciones nos dan colecciones de los cánones (por ejemplo la Colección de Juan el Escolástico en el 550). La "sinfonía" de los poderes de la Iglesia y del Imperio, explican la presencia del derecho eclesiástico en las Colecciones jurídicas del Imperio de Teodosio o de Justiniano (Digesto, Nuevas, etc.). Más tarde aparecerán los trabajos de los canonistas Balsamon, Zonares, etc. La Ortodoxia no posee un código unificado para todas las Iglesias, como por ejemplo el Corpus Juris Canonici de la Iglesia romana. No existen más que códigos locales cuyo cuerpo se remonta a la Edad Media y que no están siempre de acuerdo entre ellos. Ellos no son conocidos por falta de un trabajo de la ciencia crítica de establecer cuáles son los cánones "en uso" que conservan su aplicación (por ejemplo aquellos que regulan la convocatoria de los concilios). Si bien este estado de cosas presenta algunos inconvenientes, la unificación de las formas canónicas presupondría el "monotipo" normativo de las Iglesias, lo cual es extraño al espíritu ortodoxo. La unidad de fe y de culto puede expresarse muy diferentemente en las formas históricas locales.

LA IGUALDAD DE JERARQUÍA

"Tu es petrus et super hanc petram edificabo Ecclesiam meam..." La Iglesia es roca inconvencible, que ha desafiado los tiempos y el odio de los hombres. La Iglesia es piedra, la piedra es Cristo, y Cristo la Cabeza única de la Iglesia. La supremacía de la Iglesia descansa en Cristo como fundador y fin de la sociedad cristiana. La Iglesia es un cuerpo místico con sus miembros y su cabeza: ella es, Cristo; los miembros, los fieles cristianos dispersos por el mundo entero. Es preciso amar a Cristo y su Iglesia como la obra maestra suya que lo perpetúa a través de la historia y de los siglos hasta el fin del mundo en que no existirá entonces más que la Iglesia triunfante. No se ama lo que no se conoce nos dice un antiguo adagio. ¿Cómo amar aquello que desconocemos? Para amar a Cristo y a su Iglesia es preciso conocer a Cristo en su doctrina, en su vida, en su persona. Cuando sepamos quién es y qué es lo que ha enseñado, lo que ha trabajado y sufrido por nuestro amor, sólo entonces podremos amarlo. La historia es la maestra de la vida, escribió Cicerón. Recorramos paso a paso sus senderos y descubriremos la verdad, esa verdad que tanto anhelamos, esa verdad que nos hará libres. Cristo es el epicentro de la humanidad, del hombre y de la historia. Del

hombre, porque él lo ha redimido de la esclavitud, del error del vicio y la ignorancia. Es el eje de la historia: él la separa en dos grandes edades, antes de Cristo y después de Cristo. Antes los siglos esperaron su aparición; después los siglos siguen sus pasos y lo adoran. Cristo antes de irse fundó una sociedad, la sociedad que perpetuaría su vida y su doctrina y con la cual alcanzarían la eterna felicidad en el otro mundo.

El paso de Cristo por la tierra no fue transitorio, fue eterno. El nos espera cuando arribemos a las playas de la eternidad. Es preciso amar lo que él nos ha dejado: su Iglesia y sus Pastores: los obispos y los sacerdotes, encargados de perpetuarlo en este mundo. El amor de Cristo debe ser luz resplandeciente y esplendorosa que ilumine a todos los rincones del mundo, desterrando la ignorancia, la duda y el error de todas las conciencias, ahuyentando las sombras. Cristo debe ser algo en nuestra vida, un ser vivo y activo, no una estatua, un ser de la historia que pasó. Es preciso que en cada uno de nosotros se realice la admirable fórmula de San Pablo: "No soy yo el que vivo, sino es Cristo el que vive en mí." En cada cristiano tiene que vivir CRISTO.

CONCILIOS

Se denomina concilio Ecuménico la reunión de padres y doctores de la Santa Iglesia Católica Apostólica Ortodoxa, venidos del mundo entero para resolver las cuestiones de fe, ética y moral cristiana y establecer los fundamentos de la verdadera y cierta interpretación de los hechos divinos.

En la Iglesia Ortodoxa la autoridad máxima la Constituye el Concilio Ecuménico, cuyas decisiones abarcan a toda la Iglesia de Cristo. La infalibilidad se halla en la Iglesia entera, representada en la reunión de todos los obispos, en Concilio. Históricamente el período de los Concilios Ecuménicos representa para los ortodoxos un período "normativo": es entonces, en efecto, y no en el curso de los períodos posteriores que fue definida la expresión dogmática y canónica de su fe, en el aspecto que nosotros le conocemos hoy día. La Iglesia ortodoxa reconoce 7 Concilios Ecuménicos:

☒☒ Nicea, 325 d. C.: Divinidad de Jesucristo. Condenación de Arrio.

☒☒ Constantinopla I, 381: Divinidad del Espíritu Santo. Condenación de Macedonio.

☒☒ Efeso, 431 o 31: Maternidad Divina de María. Condenación de Nestorio. En Cristo una persona, la divina.

☒☒ Calcedonia, 451: Dualidad de naturaleza en Jesucristo. Condenación de Eutiques, que enseñaba el monofisismo.

☒☒ Constantinopla II, 553: Condenó las obras escritas por los seguidores del hereje Nestorio.

☒☒Constantinopla III, 680:Dualidad de voluntades en JC., no contrariadas una de otra, más la voluntad humana sujeta a la voluntad divina. Condenación del Monotelismo.

☒☒Nicea II, 787:Condenación del Iconoclastismo.

Existe un 8° Concilio Ecuménico, pero que aún sus conclusiones no han sido aprobadas por un concilio posterior.

En el 7° Concilio Ecuménico, el de Nicea II (784) se definió la doctrina ortodoxa de las imágenes (Iconos) que representan a Cristo o los santos: el Verbo de Dios verdaderamente se encarnó y se hizo hombre verdadero: él puede entonces ser representado, lo mismo que los santos. Estas imágenes deben ser veneradas; aquello que ellas representan son el verdadero objeto de la veneración; no obstante ello, no pueden ser en sí mismas, motivo de "culto" (latria), este último se rinde a Dios sólo. La obra de los Concilios Ecuménicos no se limitó a este aspecto puramente dogmático de la vida eclesial: ella concernió también a la estructura y la administración de la Iglesia, constituyendo sus Cánones el Derecho Canónico de la Iglesia Ortodoxa. Las definiciones dogmáticas del Concilio Ecuménico son infalibles y por tanto irreformables, en tanto que sus provisiones disciplinarias pueden ser modificadas por otro Concilio.

Además de los siete grandes Concilios Ecuménicos, se reunieron otros Concilios locales de menor importancia que aquellos, entre los cuales se debe destacar las reuniones de Anquirá, Neocesarea, Gangra, Antioquía, Laodicea, Sardiquia, Cartagena y los 1° y 2° de Constantinopla. El Concilio local es una reunión de pastores y doctores de la Iglesia C.A. Ortodoxa, más no de todo el mundo cristiano, sino solamente de una región determinada. El valor de sus decisiones no obligan más que a la región o provincia en que se lleva a cabo tal reunión. El valor del Concilio Ecuménico es universal.

Los santos apóstoles dieron el primer ejemplo de estas reuniones compareciendo al primer Concilio Apostólico en Jerusalén, presidido por Santiago Apóstol. Los Concilios reúnen obedeciendo las palabras de N. S. Jesucristo que confirió poder a todas las determinaciones de la Santa Iglesia. Aquellos que desobedeciesen a ellas, son privados de la gracia del Espíritu Santo, siendo considerados paganos:

"Y si no escuchare a la Iglesia, considéralo un gentil y publicano."

[Algo Más Sobre](#)

[la Iglesia Ortodoxa](#)

La iglesia es una asociación de fieles, constituida por Dios, esto es, una reunión de creyentes unidos en la comunión de la fe cristiana Ortodoxa, en la Legislación Divina, en la

sagrada institución del Sacerdocio y en los Santos Sacramentos. Tenemos certeza de que N. S. Jesucristo es la única cabeza de la Iglesia porque así nos lo enseña S. Pablo: "Porque nadie puede poner otro fundamento, fuera del que ya está puesto, el cual es Jesucristo" (I Cor. 3:11).

La Iglesia es una edificación divina, cuya cumbre está constituida por el propio Salvador, y que por esta razón no puede ser modificada o alterada. No puede poseer otra cabeza o jefe a no ser N. S. Jesucristo. Las enseñanzas de S. Pablo prueban plenamente esta verdad: "Y El (J.C.) es la cabeza del cuerpo de la Iglesia: es el principio y el primogénito de entre los muertos, para que en todo tenga la preeminencia" (Colos. 1:18).

San Pablo denomínase a sí mismo "Ministro de la Iglesia, conforme a determinación de Dios" (Colos. 1:24), olvidándose en absoluto de su dignidad apostólica. La Iglesia Católica Apostólica se llama también Ortodoxa porque conservó al pie de la letra todas las enseñanzas sobre la sagrada fe sin ninguna alteración. Desde el tiempo de los Apóstoles y de los primeros adeptos de N. S. J.C., no fue añadido o reducido lo que está en las sagradas enseñanzas básicas de la religión cristiana.

Ortodoxo quiere decir: aquel que cree correctamente, conservando inalterable la fe original. La Santa Iglesia Católica Apostólica se enorgullece con toda justicia de poder denominarse Ortodoxa, pues la historia es el testimonio inconfundible de las luchas y de los sufrimientos que tuvo que soportar para mantener con pureza cristalina la celestial perla de las enseñanzas del Salvador.

La Iglesia Esta Exenta

de Caer en el Error

La iglesia fundada por Nuestro Señor Jesucristo posee el don del magisterio permanente, por el cual tiene la potestad de enseñar y dirigir a sus fieles por el recto sendero y la salvación de sus almas. Por este don tiene una asistencia especial del Espíritu Santo, y la custodia de Jesucristo siempre permanente en ella, conforme a su palabra "Yo estaré con vosotros hasta la consumación de los siglos," y "Las puertas del infierno no prevalecerán contra ella." Bajo el error, la Iglesia hace tiempo que hubiese sucumbido bajo el poder del infierno y de sus enemigos. El principio del error marca el fin. Caminemos seguros bajo la voz de la Iglesia, puesto que ella sólo puede enseñar la verdad.

La Autoridad

Máxima En La Iglesia

La autoridad máxima en la Iglesia Ortodoxa es solamente Jesucristo. Él es su cabeza y su Único Jefe. La suprema autoridad administrativa y autoridad máxima son los Concilios Ecuménicos sobre fe, costumbre y disciplina. La infalibilidad es un don que pertenece a toda la Iglesia y no a una persona determinada o grupos de personas como sería un patriarca o un concilio. Las decisiones de los Concilios están por encima de cualquier obispo o patriarca, no pudiendo ser derogados en ningún momento. La Iglesia sólo reconoce un primado de honor, y nunca un primado de derecho. El primado de honor no da ningún derecho o jurisdicción sobre los demás obispos o patriarcas. Es sencillamente "Primus inter pares." El patriarca de Constantinopla posee este primado de honor desde el año 350, cuando Constantino trasladó a esa ciudad la capital del imperio romano.

"La infalibilidad reside únicamente en la hermandad ecuménica de la Iglesia, unida por un amor mutuo: la custodia de los dogmas y la pureza de los ritos están encomendados, no sólo a la jerarquía, sino a todos los miembros de la Iglesia que constituyen el cuerpo de Cristo" (Alejo Khomiakob).

Iconos

Dentro de la doctrina ortodoxa Icono es una imagen sagrada o retrato que está hecho convenientemente y bendecido por la Iglesia. Honramos a los Iconos de Jesús, de la Virgen María, de los Angeles y Santos, porque ellos representan a Jesucristo, a la Virgen, Angeles y Santos. El acto de venerar no va hacia los Iconos inanimados, sino hacia las personas representadas por ella. La Iglesia venera las reliquias de los santos, porque éstas fueron templos del Espíritu Santo. Los ortodoxos al afirmar la realidad plena de una naturaleza humana en Cristo, no olvidan que esta naturaleza es deificada, que ella pertenece con propiedad a la única hipóstasis del Verbo y que por lo tanto las imágenes de Cristo, como también aquellas de los Santos que comulgan en Cristo en la deificación, deben ser imágenes santas y veneradas. Estas imágenes constituyen entonces un elemento esencial de la piedad ortodoxa. La más elevada expresión en el arte del Icono la hallamos en el Icono Bizantino.

Ritos

Los ritos que usa la iglesia son conjuntos de ceremonias, preces, cantos y símbolos en uso en la Iglesia para la celebración del Santo Sacrificio de la Misa, o la administración de los Sacramentos. Los ritos orientales tienen su origen en el siglo IV, originados en las primitivas celebraciones litúrgicas cristianas. En este siglo (IV). encontramos ya 4 clases de ritos: 1) Rito Asiático (Asia Menor, Esmirna, Efeso...); 2) Rito del Ponto (Neocesarea, Nicea); 3) Rito Siriano (Antioquia, Edesa); 4) Rito Egipcio o Copto (Alejandría). De estos Ritos se originan todos los ritos posteriores. En el siglo V encontramos 3 Ritos Generales: 1) Rito

Bizantino, que suplanta a los otros ritos de Asia y del Ponto; 2) Rito de Antioquía y Jerusalén, que suplanta los ritos de Oriente y Chipre; 3) Rito de Alejandría, que suplantarán todo otro rito de Egipto. Siguen subsistiendo también algunos ritos particulares, llamados ritos derivados. 1) Rito Armenio: Iglesia Armenia; 2) Rito Caldeo: Iglesia de Persia; 3) Rito Maronita: Iglesia Maronita. En el siglo VIII y IX, el Rito Bizantino derivado del Rito Antioqueño, se extienden a todas las regiones orientales, hasta los Patriarcados de Alejandría, Antioquía y Jerusalén, Bulgaria, Serbia, Rusia, Rumania, Georgia... Los demás ritos, con subdivisiones subsistirán, pero sin tener la importancia del Rito Bizantino, que es el más usado por la Iglesia Ortodoxa y el Rito de mayor número de fieles, y que para su liturgia usa 4 Anáforas o Cánones: Santiago, San Basilio, San Juan Crisóstomo y San Gregorio Diálogo, dividida en 3 partes: Preparación (Proskomidia), Liturgia de los Catecúmenos y Liturgia de los Fieles. Por medio de su Rito Bizantino, la Iglesia ortodoxa expresara en fórmulas sublimes y ceremonias solemnes el amor a Cristo, el culto a Dios y la salvación de la humanidad entera. Profundidad, grandeza, santidad: todo eso vemos en el Rito Bizantino. Un maravilloso monumento de piedad cristiana para gloria de Dios.

La Ortodoxia Hoy

Nuestro señor Jesucristo ha fundado sólo una Iglesia: Una Santa, Católica y Apostólica, la cual hasta nuestros días está representada por la Iglesia Ortodoxa. La Iglesia Ortodoxa es una porque es un solo cuerpo espiritual, tiene una sola cabeza, Jesucristo y está animada por un solo Espíritu de Dios. La unidad se expresa en la misma fe, en la comunión, en las oraciones y en los sacramentos. Es Santa como su base: N. S. Jesucristo, y porque en ella mora el Espíritu Santo que la santifica, y porque produce frutos santos. Es Católica, Universal o Ecuménica: comprende a todos los fieles de todos los lugares, tiempos y pueblos del mundo y porque no está limitada por ningún lugar, tiempo, pueblo o región, sino al contrario, esta abierta para todo aquel que desee unirse a ella (Mat. 28:18 - 20). Es Apostólica, porque conserva sin interrupción la doctrina de Jesucristo, y de los Dones del Espíritu Santo, desde los tiempos de los Apóstoles. A ello añadimos que nuestra Iglesia es Ortodoxa: creencia verdadera, para señalar que en ella reside la verdadera fe. Todo esto nos indica claramente que todo aquel que busque con sinceridad la "Verdad," en qué Iglesia esta la verdadera enseñanza apostólica, la verdadera fe, los verdaderos sacramentos, concluirá incuestionablemente que la verdadera Iglesia de N. S. Jesucristo es la Iglesia "Una, Santa, Católica, Apostólica y Ortodoxa."

Hoy la Iglesia Ortodoxa ha renacido con nuevos bríos, dando maravillosos frutos en todo el mundo y en todos los órdenes. Hoy la Ortodoxia se extiende por los 5 continentes y en todas las naciones de la tierra. A los patriarcados apostólicos: Constantinopla, Alejandría, Antioquía, Jerusalén, se han añadido en el correr de los siglos los de Moscú, Serbia, Bulgaria, Georgia, Rumania, y las Iglesias Autocéfalas de Atenas, Chipre, Polonia, Albania, Finlandia, Sinaí, y las misiones abarcan territorios de Africa (Uganda), Corea, China, Japón, Alaska,... En la América cada día avanza más, contándose en los EE. UU. con 5 millones de ortodoxos. Hay comunidades de ortodoxos formadas en Francia, Alemania, Italia, Inglaterra, Africa... En el mundo encontramos 280 millones de ortodoxos, que proclaman en

todas partes la Catolicidad de la Una, Santa, Apostólica Iglesia Ortodoxa. Junto a este florecimiento ortodoxo, encontramos también un espléndido florecer en las ciencias y en la teología ortodoxa, principalmente en Atenas, Constantinopla, Rusia, Francia y Estados Unidos, en donde junto a sus grandes teólogos se imprimen toda clase de libros y revistas de carácter ortodoxo. Los estudiantes encuentran cauce a su sed de conocimientos en varias universidades y seminarios: Halqui, Atenas, S. Vladimiro, Santa Cruz, S. Sergio de Paris. Academias teológicas de Rusia, Rumania, Serbia, Bulgaria.

Folleto misionero # S45

Reimprimido del librito publicado por la

Juventud Ortodoxa de Buenos Aires, Argentina, 1976

2049 Argyle Ave. Los Angeles, California 90068
Editor: bishop Alexander (Mileant).

(vida_de_la_Iglesia.doc, 02-10-2000).